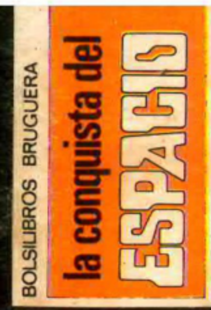


¡YO, MONO!

glenn parrish

CIENCIA FICCION



GLENN
PARRISH

YO, MONO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 296



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 12.431 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: ABRIL, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

Me siento cansado, pero contento. Alguien me espera en casa.

Las jornadas han sido largas, duras, arriesgadas incluso, en ocasiones. No importa, todo ha terminado, al menos por una buena temporada. Y el cansancio que siento es el propio de toda persona que ha trabajado con exceso.

No se trata de un cansancio debido a la edad. A mis treinta y seis años, me siento casi como un adolescente. Ahora, en pleno siglo XXII, exactamente el cinco de mayo de 2168, un hombre de mi edad es un jovenzuelo.

Bueno, ya estoy en casa. Ella me aguarda.

Saco la llave. Abro la puerta.

Ella no me espera... al menos en la forma en que yo pensaba. No está sola.

Sus rojos labios se ofrecen al hombre que la abraza. Ninguno de los dos se ha dado cuenta de mi presencia.

Me siento atontado. Ella no...

Iba a decir que no podía hacerme una cosa así, pero la está haciendo.

¡Me traiciona!

Largas horas de pasión, ardientes protestas de eterno cariño, vehementes juramentos de inacabable amor, todo eso lo ha olvidado y no le ha costado demasiado tiempo, la verdad. Sólo unas pocas semanas...

De pronto, ellos se dan cuenta de que hay alguien en la entrada. Se separan, me miran. El frunce el ceño; ella arquea las cejas.

—¡Jack! —exclama.

—¿Quién es él? —pregunta el hombre.

—Es mi... —contesta ella, no demasiado turbada, ni mucho arrepentida, según puedo apreciar.

Entonces, el hombre rompe a reír.

Ríe violenta, inconteniblemente. Se burla de mí.

—¡El tonto! —grita, mientras se palmea los muslos con ambas manos.

—¡Cállate, Bill! —ordena ella.

Pero el hombre no cesa de reír.

—¡El tonto, el tonto! —repite una y otra vez, presa de un incontenible acceso de hilaridad,

Las carcajadas me arrancan de mi estado de inmovilidad. Mi furia explota y salto hacia el hombre.

Le golpeo, pero no cae; es muy fuerte y robusto, más aún que yo. El devuelve el golpe y me derriba.

Ysigue riendo.

—¡Tonto, tonto!

Algo rojo pasa por mis pupilas. Al levantarme, busco un apoyo instintivamente. Mi mano toca algo metálico.

En la pared, como adorno, hay una panoplia con armas antiguas; espadas, venablos, arcos, flechas, puñales... Pero no he reparado en ninguna de esas armas.

Lo que ahora tengo en la mano es mucho mejor. Al incorporarme, el metal enfría mi mano. Ella me mira un tanto burlonamente. Diríase que sabe lo que va a suceder.

Suenan varios estallidos. Entre medio de las detonaciones se oye algo así como el tañido de una campana. El hombre se desploma fulminado.

Yella...

Ahora me mira con los ojos desmesuradamente abiertos. Hay sangre en el centro de su hermoso pecho. —Jack —dice, muy débilmente. Se derrumba. Muere.

Yyo, anonadado, contemplo estúpidamente aquella cosa que en nuestro siglo ya no se usa y que antigua mente se llamaba pistola.

Hay un olor acre en la estancia. Algunos dirían que es olor a pólvora quemada.

Yo digo que es olor a muerte.

* * *

El juez me mira severamente.

—Acusado, ¿tiene algo que alegar, antes de que la sentencia se dictada? —pregunta.

Me pongo en pie. Los días transcurridos han sido como una pesadilla. A veces me parece que sueño. Lo que sucede no es real y, sin embargo...

—Señoría, deseo que la sentencia sea dictada por un ser humano y no por una máquina —contesto.

Se alzan las cejas del juez.

—Es la ley, acusado —dice.

—Lo sé, pero en mi caso se ofrecen diversos matices que... Una máquina dicta su sentencia de acuerdo con los hechos que se le presentan, pero no posee la suficiente comprensión para evaluar motivos, antecedentes y situaciones previas al delito. No pretendo negar mi crimen; sé que soy culpable, pero una persona podría estimar alguno de mis alegatos y rebajar la posible pena.

El juez mueve la cabeza.

—Es la ley —insiste—. Se ha declarado culpable de la muerte de Evelyn Ward y de William Raines, empleando para ello un arma absolutamente prohibida. Es cierto que hubo ofensa previa, pero usted disponía en su casa de otras armas, con las cuales habría podido castigar esa ofensa. Este Tribunal, entonces, habría insertado en su programa las motivaciones de su acción, con lo que la máquina habría dictado su sentencia de acuerdo con otras precedentes, emitidas en casos análogos. Por tanto, me veo en la necesidad de rechazar la apelación.

No quiero insistir, es inútil. En este mundo deshumanizado, en el que las máquinas son mitificadas y consideradas como nuestros nuevos dioses, cualquier petición mía debía ser rechazada poco menos que automáticamente.

El juez presiona un botón.

La máquina sentencia:

—El acusado John (Jack) Ward cometió dos homicidios empleando un utensilio antiguamente denominado arma de fuego y hoy absolutamente prohibido. Debido a esta circunstancia, debe ser condenado a ser internado en la Penitenciaría Sideral, en la que permanecerá, sujeto a las leyes y reglamentos particulares de la misma, hasta que muera. Fin.

El mazo del juez golpea la mesa.

—Esa es la sentencia —dictamina.

Siento un escalofrío de terror.

Penitenciaría Sideral... casi en los confines del Sistema Solar, el lugar más horrible que unos hombres hayan podido concebir para encerrar a sus semejantes culpables de haber violado la ley.

Allí me llevarán y allí viviré hasta que muera.

* * *

—Bien venido a la barca de Caronte —dice el hombre que está en la litera superior.

Es un tipo de mediana estatura, fornido, de rostro burlón, ojos vivaces y cejas espesas. No parece importarle demasiado hallarse a bordo de la astronave que lleva una expedición de condenados a la Penitenciaría Sideral.

—La barca de Caronte —repito, abstraído.

—Claro. ¿Eres arqueólogo y no conoces la mitología? Ya sabes, Caronte, el barquero que transportaba las almas de los muertos al otro lado del Leteo, cobrando un óbolo por el trabajito, naturalmente. Lo que sucede es que aquí te llevan gratis —dice el sujeto.

La puerta de la cámara se ha cerrado a mis espaldas. Dejo el somero equipaje sobre la litera.

—Conozco la mitología —digo—. A propósito, soy...

—Sí, Jack Ward. Yo me llamo Pedro Varta. Anda, tiéndete en la litera y amárrate bien. El hijo de perra del capitán de este cacharro tiene la divertida costumbre de despegar sin avisar. A él no le importa que sus robots-barrenderos limpien luego una, o seis cámaras de la pasta en que se convierte una persona cuando se produce el despegue y no está en su sitio.

Me tumbo rápidamente. Tengo que vivir.

¿Por qué? ¿Para qué?

Si voy a vivir muriendo, ¿por qué seguir viviendo?

Pero el instinto es más fuerte y me coloco las correas en torno al pecho, vientre y muslos. Luego echó la cabeza hacia atrás.

—Te han «cascado» bien, Jack—dice Pedro.

—Sí.

—¡A quién se le ocurre! Usar una pistola para liquidar a una esposa desaprensiva y a su amiguito... Si hubieras empleado una espada, habrías salido del paso con una multa. ¡Pero una pistola!

—Pedro, tú no sabes bien lo que pasó —digo.

—Me lo imagino. De todos modos, estás vivo. Ellos han muerto. Tú tienes posibilidades...

—Me han condenado a cadena perpetua.

—Mientras hay vida, hay esperanza, Jack —dice Pedro sentenciosamente—. Y allá arriba, bien mirado, con un poco de suerte, no se pasa tan mal.

Estas palabras me sorprenden.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

Pedro ríe.

—Tengo experiencia —contesta.

—¿Cómo? ¿Has estado allí?

—Una vez. Me condenaron a tres años. Cumplí solamente uno y medio, por buena conducta. Claro que ahora la condena es mayor, siete años... pero si uno se espabila, encuentra de todo: vino, mujeres, tabaco...

—¡Ya no hay tabaco, Pedro! —exclamo.

—Eres un ingenuo, Jack. Cierto que los jueces son ahora muy severos, pero tienen una cosa buena: respetan la propiedad de los condenados. Y éstos pueden disponer libremente de su dinero. Y con dinero, se con-'sigue todo,

¿comprendes?

—Mujeres también...

—Claro. ¿Es que te crees que sólo los hombres van a ese infierno espacial? Las mujeres tienen los mismos derechos, en todos los sentidos. Y nunca falta un guardián complaciente que te procura una entrevista con alguna guapa reclusa. Por dinero, Jack.

De pronto, se me ocurre algo.

—Pedro, ¿por qué te han condenado? —inquiero.

—Inadaptabilidad social —responde mi compañero de cámara.

—¿Cómo?

—Es un delicado eufemismo con el que se encubren ciertas actividades humanas. Como, por ejemplo, negarse a ser servidor de las máquinas que dictaminan que una persona debe recibir un órgano ajeno, para mejorar su salud o, como sucede en la mayoría de las ocasiones, para vivir muchos años más, a costa de otros.

—Sospecho que estás hablando de trasplantes quirúrgicos, Pedro.

—Exactamente, Jack.

—Entonces, ¿eres cirujano...?

—Y de los buenos, modestia aparte. Pero mi primera condena ya tuvo los mismos motivos que ésta. Simplemente, me negué a que un ricachón consiguiera ciertas glándulas a costa de un pobre que no tenía dónde caerse muerto. El rico pagaba y el pobre se dejaba operar. El rico no necesitaba apenas ese trasplante, pero el pobre era joven y robusto. ¿Lo comprendes?

—Sí, Pedro.

—El noventa y ocho por ciento de esos trasplantes son cosa de dinero, Jack. Gente rica que paga para que les trasplanten órganos de los pobres, que les mejoren el cuerpo... y naturalmente, pagan también para que las máquinas digan que el trasplante es necesario. Como yo veía que todo eso era mentira, me negué a seguir colaborando en esos fraudes. Consecuencia: siete años en la Penitenciaría Sideral.

—Pero podías haber seguido ejerciendo la medicina en otras ramas, sin

necesidad de practicar la cirugía.

—Las máquinas dijeron que yo era un buen cirujano y, aunque no mienten, los hombres repitieron lo que dijeron las máquinas. Por tanto, yo tenía que seguir usando el bisturí. Y no quise.

—Lo siento, Pedro.

—No lo sientas, alégrate. Algún día, quizá humanizaremos la Tierra de nuevo.

—Tú lo conseguirás. Yo...

Se me hace un nudo en la garganta. No puedo seguir hablando.

—Anímate, hombre —dice Pedro—. Mientras hay vida, hay esperanza. Aunque, la verdad, al entrar en la Penitenciaría Sideral es preciso recordar la frase del Dante en su *Divina Comedia.*

—«Abandonad toda esperanza, los que aquí entráis» —digo.

—Casi, casi —suspira mi compañero.

Yo pienso que ese «casi» sobra.

La nave se estremece súbitamente.

Vamos a despegar. No hay aviso; el que no está sujeto a la litera, morirá aplastado a causa de la aceleración, convertido su cuerpo en pulpa.

Cierro los ojos. La nave asciende hacia el cielo...

¿O hacia el infierno?

CAPITULO II

El alcaide de la Penitenciaría Sideral, Ragnar Haskmussen, nos mira severamente desde el otro lado de su mesa de despacho. Tras él hay un enorme ventanal, a través del cual se divisa el esplendente panorama del satélite de Saturno, en el que se halla instalado el terrorífico presidio donde purgan sus condenas miles de reos de ambos sexos.

A Haskmussen le gusta recibir a los recién llegados. Es un hombre alto, delgado, de rostro pétreo, pero con ojos diamantinos. Un tipo duro, me dijo Pedro durante el viaje, aunque justo.

—Conocen las reglas de la Penitenciaría —dice el alcaide—. En la nave que les trajo aquí tuvieron ocasión de leer el folleto con el reglamento. Síganlo al pie de la letra y todo marchará bien.

—Sí, señor —contestamos Pedro y yo a dúo.

—Usted, doctor Varta, no es nuevo aquí.

Pedro sonríe.

—Empiezo a familiarizarme con el paisaje —contesta.

—La vez anterior tuvo año y medio de rebaja por buena conducta. Procure que ahora suceda lo mismo.

—Sí, señor.

—En cuanto a usted, profesor Ward, siento su condena, pero eso no es cosa mía. Mi obligación es custodiarle, aunque, dentro de lo que cabe, haré lo posible por dulcificar su estancia en la Penitenciaría. Los primeros tiempos le resultarán duros, indudablemente; esta es una vida muy distinta de la suya anterior. No obstante, creo que llegará a acostumbrarse *y,* si observa buena conducta, podrá obtener ciertas ventajas que suavizaran notablemente su situación.

—Sí, señor —contesto, impasible.

—Usted, doctor Varta, ya conoce esto. Tendrá que servir de entrenador para el profesor. Imagino que el profesor Ward ya ha usado el traje espacial en más de una ocasión, pero aquí, insisto, las cosas son algo distintas. Cuide de él, Pedro.

—Descuide, alcaide —sonríe mi compañero.

—Me gustaría decirles bien venidos, pero eso sería una burla. Eso es todo, caballeros.

Salimos del despacho. Un guardián de rostro estólido nos conduce a nuestro alojamiento, una celda muy poco diferente de la cámara en que hemos viajado desde la Tierra. Pero, al menos, tiene una gran ventana para contemplar el paisaje.

—Jack, un consejo —dice Pedro, cuando ya la puerta se ha cerrado a nuestras espaldas.

—Dime, por favor.

—Sé prudente. Ya conoces las reglas: el alcaide tiene poder de vida o muerte sobre los condenados. Sé prudente y...

—Y viviré muchos años, ¿verdad? —rio amargamente—. Pedro, ¿de veras crees que merece la pena vivir esta existencia?

Muevo la mano, señalo el paisaje desolado del exterior, donde fuera del colosal edificio que es la Penitenciaría está el vacío espacial. Ni siquiera la cercana belleza de Saturno, con sus anillos, que contemplo por primera vez a menos de un millón de kilómetros de distancia, es suficiente para disipar de mi espíritu el negro pesimismo que lo invade.

—Sigue mi consejo —insiste Pedro.

Prefiero callar, no tengo ganas de hablar.

De pronto, en el cercano valle, enmarcado por montañas cubiertas de gas helado, veo un edificio de forma cúbica, no demasiado grande, con muchas ventanas, algunas de las cuales se ven iluminadas.

—¿Qué es eso, Pedro?

Mi compañero se acerca.

—Ah, sí, el Laboratorio de Investigaciones Bioespaciales. Hacen experimentos con bichos y personas, ¿sabes?

—¿Has estado allí?

—Me llamaron una vez. Querían que les ayudase.

-¿Y...?

—Los envié al diablo. Dije que era un preso, no un cirujano.

—¿No te hicieron nada?

Pedro se echa a reír estruendosamente.

—Ese Laboratorio es independiente del presidio. Por tanto, podía negarme perfectamente a trabajar con ellos. No quiero colaborar en salvajadas, entiéndelo.

Me estremezco.

—Deben de hacer cosas horribles —digo.

—No puedes imaginártelo siquiera —contesta Pedro.

Por el espacio flota una nave que regresa de Saturno. Es la nave que trae de vuelta a los hombres que han ido a trabajar a los yacimientos de los anillos.

Muy pronto yo seré uno de esos hombres. Cuando Pedro haya dado por terminado mi entrenamiento.

* * *

Ya trabajo en los anillos de Saturno.

El entrenamiento duró seis semanas. Debía aprender a moverme en el espacio, con el traje espacial y las herramientas de minero. Porque en los anillos hay minerales muy valiosos y el gobierno terrestre se aprovecha de los condenados para obtener suculentos beneficios, con un mínimo de gastos.

Hay muertes con frecuencia, pero eso ¿qué importa?

Hace dos siglos, nos habrían llamado «carne de cañón». Ahora, la cosa no es demasiado distinta, salvo que para matarnos no se emplean piezas de artillería o ametralladoras. Basta descuidarse un poco para...

Pronto lo diré.

Los turnos de trabajo son de tres días seguidos, por otros tantos de descanso. El séptimo día se emplea en ir y venir.

Doce horas de ida y otras tantas de vuelta, claro. El horario, pese a la situación en el espacio, es terrestre.

Acampamos en la nave que nos transporta a los anillos. Se trabajan cuatro horas seguidas, un intervalo de dos para descansar y almorzar y otras cuatro horas de labor dura, aunque no difícil en exceso, pero de todos modos, arriesgada.

Después de la jornada de trabajo, se nos sirve la cena. No es muy variada ni demasiado sabrosa, pero sí abundante. Al menos, nos permiten comer todo lo que soporta el estómago.

Y después de ocho horas de trabajo, picando piedra en el espacio, se tiene hambre, lo garantizo.

Luego de la cena, viene el encierro hasta la mañana siguiente. Por fortuna, Pedro y yo tenemos el mismo camarote. Hablamos, no tenemos otro modo de combatir el aburrimiento. A bordo de la nave-cárcel no hay ninguna distracción.

—Pero luego vendrán tres días de descanso —dice Pedro—. Hay cierta libertad para moverse dentro del presidio y, aunque el dinero es ilegal, circulan los billetes.

—¿Cómo puedo tener yo dinero, si llegue con los bolsillos vacíos? —preguntó.

—Tienes una cuenta en la Tierra, ¿no? Alguien se encargará de ponerte un cheque a la firma, no te preocupes. Cobrará una buena comisión, como es lógico, pero tendrás billetes.

Me guiña un ojo.

—Y alguna chica guapa vendrá a visitarte —añade, malicioso.

—Pero el alcaide...

—Haskmussen hace la vista gorda. Sabe que tendría muchos más conflictos si no permitiese estas pequeñas violaciones del reglamento. Los presos nos volveríamos intratables, ¿comprendes? Ahora bien, para otras infracciones es absolutamente inflexible.

Cierro los ojos. Esa es la perspectiva que me aguarda. Tengo treinta y seis años; puedo vivir cien o ciento veinte más.

¡Un siglo aquí!

Tres días de trabajo, tres de descanso, uno de viaje... año tras año, año tras

año...

Un día me hartaré y romperé el tubo que me da aire cuando uso el traje espacial. O rasgaré éste con una piedra afilada...

Quiero olvidar mi situación. Lo intento desesperadamente, pero no lo consigo.

Por la lucerna penetra el resplandor de Saturno. Esto impide que olvide; me recuerda constantemente de que debo seguir este régimen de vida... ¡hasta que .muera!

Por la mañana, después del aseo y desayuno, nos equipamos para el trabajo.

Salimos en fila india, unidos a la nave-cárcel por un largo cabo, muy fino, que sirve de unión con el puesto de vigilancia. Un subjefe de guardianes está sentado frente a una consola, en donde una serie de luces le indican lo que hace cada condenado en todo momento.

Los anillos de Saturno tienen unos ciento sesenta mil kilómetros de ancho, pero tan sólo unos dieciséis de grueso. No son de una pieza, sino que están constituidos por miles de millones de pedruscos de todos los tamaños, entre los que abundan también los bloques de hielo —agua y gases congelados en el vacío espacial—, separados por distancias que oscilan entre una y varias decenas de metros. Hay bloques como rascacielos y hay pedruscos más pequeños que mi puño.

Nosotros desdeñamos el hielo. Buscamos la roca, donde se pueden encontrar los minerales valiosos, que serán refinados en la fundición del satélite. Hemos recibido instrucción como mineros y sabemos qué debemos hacer.

Trabajamos por parejas. Pedro maneja el martillo mecánico, movido por un motor eléctrico, cuya batería se recargará a la noche en la nave. Yo recojo los trozos de mineral y los arrojo a la bolsa que hemos colgado de uno de los bloques. Cuando esté llena, la llevaremos a la nave y volveremos al trabajo, hasta que una orden por radio nos indique la hora de alto.

No hay tiempo para distraerse. Los bloques parecen quietos, pero es sólo una ilusión Se mueven más de lo que uno podría creer y hay que andar listo para no sufrir accidentes.

Hemos hecho ya tres viajes. De pronto, cuando estamos de nuevo en nuestro sector, oímos unos gritos agudos.

Un bloque colosal, de miles de toneladas, ha visto alterado su centro de gravedad porque los mineros que trabajaban en él han arrancado demasiados

fragmentos en lo que podríamos llamar su base. El bloque se desequilibra, oscila, se inclina y cae.

Los desgraciados chillan. Piden socorro.

Nadie puede ayudarles. El bloque los aplasta al chocar contra otro algo más pequeño.

Dos cuerpos humanos han quedado reducidos a pulpa.

Los cables que los unían a la nave-cárcel oscilan sueltos en el espacio.

Pedro y yo nos miramos, a través de las máscaras de los cascos.

—Esos han muerto... —empiezo a decir.

—Calla —dice Pedro enérgicamente.

—Pero...

—Jack, cierra el pico.

Aprieto los dientes.

¿Es mejor callar?, me pregunto.

Los cables, además de nexo de unión con la nave, sirven para el transporte de la energía que mueve el motorcito de nuestro propulsor individual. Ni siquiera en el espacio nos dejan sueltos.

Pero esos dos desgraciados no pudieron escapar a tiempo.

Y yo sé la causa.

Es fácil imaginarse al subjefe de vigilantes, sentado cómodamente ante el cuadro de mandos... quizá con los pies encima del mismo y roncando beatíficamente, sin importarle lo que pueda pasar. Hasta es probable que desconectase la radio, para dormir mejor.

Por eso no oyó las llamadas de auxilio de los dos condenados.

La sangre me hierve en las venas. Eso mismo pudo haberme pasado a mí, pienso.

Todavía sigo pensándolo cuando volvemos a la nave para almorzar.

—A ver si ponéis más cuidado, idiotas —nos apostrofa el guardián—. Cuando se trabaja ahí afuera...

¡Crack!

Mi puño ha golpeado su mandíbula. Pedro ha llegado tarde para evitar la acción. Ha sido un duro derechazo, seco, irresistible.

El guardián cae hacia atrás, con la boca torcida en una mueca grotesca. Demasiado tarde me doy cuenta de que le he roto el cuello.

* * *

Estoy en una celda solitaria, abatido, terriblemente deprimido.

No tenía intención de matar, pero he matado de nuevo.

El hecho de que el guardián fuese un tipo despreciable no mejorará mi situación. Llevaba demasiados años aquí, en el espacio; su esqueleto se había reblandecido. En la Tierra, probablemente, no habría perdido el conocimiento. Aquí, la falta de gravedad, le había convertido en un ser débil, enclenque, sin fuerza apenas... pero con la suficiente desidia como para no importarle la suerte de los hombres encomendados a su custodia.

La verdad es que todo esto no son sino fútiles consideraciones que no servirán de nada para aliviar mi posición. Sé de sobra lo que me va a suceder.

El alcaide Haskmussen tiene potestad suficiente para ordenar una sentencia de muerte. He matado a un guardián, debo morir.

CAPITULO III

La puerta de mi encierro se abre bruscamente. Me pongo en pie.

Haskmussen aparece en el umbral. Ahora pronunciará su sentencia.

Dos guardianes me conducirán a una esclusa. La compuerta interior se cerrará y se abrirá la exterior. El aire escapará al vacío y yo moriré casi instantáneamente.

Pero Haskmussen no viene solo. Dos personas, hombre y mujer, le acompañan.

Ella es alta, rubia, de cuerpo arrogante. Viste un mono azulado, que parece una segunda piel. El pelo es muy corto, lo que aumenta en cierto modo su atractivo.

A su laido hay un hombre también alto, de pelo oscuro, nariz aguileña y mirada entre displicente e irónica. No conozco á ninguno de los dos.

—Este es el hombre, doctora Rhinner, doctor McNall —dice el alcaide.

La mujer me mira inquisitivamente. Es joven, aunque no una muchacha. Debe de andar por los veintisiete años. El hombre parece mayor, alrededor de cuarenta.

—¿Servirá, Milton? —pregunta ella.

—Creo que sí —responde el doctor McNall.

Haskmussen me mira fijamente.

—Ward, usted ha cometido una falta gravísima —dice—. Según los reglamentos, debo condenarle a muerte. Pero voy a darle una ocasión de redimir sus culpas.

—Dos hombres murieron por la negligencia de un tipo que...

—No era de su incumbencia castigar la desidia de uno de mis subordinados —ataja Haskmussen—. Usted pudo quejarse a mí, directamente, y yo habría tomado una decisión. Pero en lugar de hacerlo, en lugar de actuar reglamentariamente, se tomó la justicia por su mano. Eso no se puede consentir.

—Sí, señor —contestó, resignado. ¿Qué otra cosa puedo decir?

—Ward, le presento a la doctora Rhinner y al doctor McNall. Ahora irá con ellos a su Laboratorio de Investigaciones Bioespaciales. Ellos le explicarán lo que desean de usted. Puede negarse, por supuesto, pero entonces lo devolverán aquí y yo haré que se ejecute la sentencia de muerte.

McNall alza una mano.

—Me asaltan ciertas dudas —dice.

—¿Qué pasa? —inquiere la bella doctora.

—Este hombre... Ha cometido ya tres homicidios. No sé si resultará seguro... —duda McNall.

—Milton, es el único de que disponemos —alega ella—. No podemos obligar a nadie a que acepte tomar parte en el experimento. Incluso si él se negase y prefiriese la ejecución, tendríamos que aceptar su decisión.

McNall se encoge de hombros.

—Pero... un arqueólogo... —rezonga—. Si al menos hubiera sido astronauta...

—Tengo licencia para pilotar astronaves —intervengo.

El doctor arquea las cejas.

—Interesante —comenta. Y se vuelve hacia el alcaide—. Nos lo quedamos, Ragnar.

—Muy bien —responde Haskmussen—. Ahora firmaré los documentos pertinentes.

Siento un escalofrío.

¿Qué experimentos van a intentar conmigo?

¿Vivisección?

Sea lo que sea, no puedo elegir. Sólo tengo dos salidas: la muerte... o el Laboratorio de Investigaciones Bioespaciales.

—Andando, Ward —dice el alcaide.

* * *

Ahora estamos en una habitación cómoda, acogedora, de muebles sencillos,

pero agradables. La doctora Rhinner se ha cambiado ele ropa y viste una bata blanca.

Está sentada frente a mí. McNall ha ido no sé adonde.

—¿Cuántos años tiene usted? —pregunta la doctora.

—Treinta y seis —respondo.

—Vi... viudo.

—Sí, doctora.

Mató a su esposa.

—Y a su amante.

Ella mene a la cabeza.

—Una actitud muy poco civilizada —califica.

—El se burlaba de mí. Además de engañarme, me llamó tonto.

—Pero usted usó una pistola...

—Lo admito.

—¿Cómo llegó la pistola a su poder?

—La encontré en unas excavaciones. Quería examinarla. Es un objeto antiguo...

—Debiera haberla entregado.

Me encojo de hombros.

—Ya está hecho —respondo—. ¿Qué quieren de mí?

La doctora se pone en pie y se pasea por la estancia.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Zanitzar, profesor? —pregunta.

—No —digo—. ¿Dónde está esa ciudad?

—No es una ciudad, sino un planeta.

—¿Del Sistema Solar? Es la primera vez que oigo hablar...

—Zanitzar no pertenece a nuestro sistema. Está a más de cuatro años luz de distancia, concretamente en Próxima del Centauro.

Abro la boca.

—Increíble. ¿Cómo lo han sabido?

—Se lo explicaré en otro momento. Ahora lo que nos interesa es saber si quiere viajar a Zanitzar en una astronave especialmente diseñada y construida para este viaje.

—Bueno, son cuatro años...

—Se equivoca, Jack —corta ella fríamente—. Puede que solo sean cuatro meses, quizá menos. Viajará a una velocidad superior a la de la luz, ¿comprende?

—¡Eso es imposible! —grito.

La doctora se detiene, me mira y sonríe.

—Cuando se construyó la primera locomotora de vapor, en el siglo XIX, se aseguraba que los trenes no podrían pasar nunca de los cuarenta kilómetros por hora, y que los viajeros morirían asfixiados. Más tarde, se construyeron aeroplanos y cuando volaron los primeros y se fabricaron modelos cada vez más rápidos, se aseguraba que jamás se podrían rebasar los quinientos kilómetros a la hora. ¿Quiere que siga relatando cosas que se consideraron como imposibles y que hoy nos parecen completamente corrientes? , Muevo la cabeza.

—No es necesario —digo.

—Entonces, comprenderá que sí es factible rebasar la velocidad de la luz, esto es, trescientos mil kilómetros por segundo.

—Creo que entiendo. Ustedes pretenden que yo haga de piloto de pruebas de esa astronave. Y si algo falla... —chasqueo los dedos—. Bueno, no será necesario que nadie me llore.

—Algo hay de eso, Jack —contesta la doctora. —Pero esto es un Laboratorio die Investigaciones Bioespaciales —alego.

—Sí.

—Y no veo qué relación pueda tener con una nave que viaje a velocidades superlumínicas.

—Hace un par de años, secretamente, por supuesto, se envió una nave de tales características a Zanitzar. No se ha vuelto a tener noticias de ella, desde que el piloto dijo que iba a rebasar los trescientos mil kilómetros por segundo. Trago saliva.

Ese piloto está muerto, pienso.

—Suponemos que su organismo no pudo resistir la aceleración —continúa la doctora—. Por eso hemos ideado otro plan, que nos conduzca al éxito de la empresa y lleguemos a Zanitzar en cuatro meses o menos. ¿Empieza a comprender?

—Sí, doctora, aunque confío en que me explique cuál es el otro plan —digo.

—De momento, vamos a entrenarle en el simulador de vuelo, de modo que, cuando llegue la hora de volar en la nave auténtica, pueda hacerlo sin dificultades. Por ahora, eso es todo.

La puerta se abre. McNall entra acompañado de una enfermera, que empuja un carrito con diversos instrumentos médicos.

—Vamos a hacer los primeros análisis —dice McNall.

La doctora se encamina hacia la puerta.

—Hasta luego —se despide.

—Remánguese el brazo izquierdo —ordena McNall.

Me sacan sangre, toman mi pulso y mi presión arterial... Luego me llevan a la sala de radioscopia...

Durante cuarenta y ocho horas, soy objeto de una enorme cantidad de pruebas. McNall y la doctora Rhinner, cuyo nombre, al fin lo he sabido, es Helga, examinan todos los resultados con enorme meticulosidad. Incluso repiten más de un análisis,

Al fin, McNall dice:

—Servirá, Helga.

Ella me mira fijamente.

—Mañana se iniciarán sus entrenamientos en el simulador de vuelo superlumínico —anuncia.

* * *

Han pasado cuatro semanas.

Creo que podré manejar la nave perfectamente. No tiene grandes dificultades. Pero no puedo contener un escalofrío al pensar en lo que pueda ocurrir cuando el aparato alcance la que yo estimo fatídica barrera de la velocidad de la luz.

¿Me convertiré en átomos? ¿Quedaré desintegrado?

Quizá muera antes, a causa de la aceleración..., pero, si ocurre así, no tengo ningún derecho a protestar. A fin de cuentas, ya debería estar muerto.

Y vivo. Me tratan a cuerpo de rey, aunque me escama la periódica repetición de análisis y exámenes clínicos de todas clases.

Helga viene a verme un día, terminada la sesión de entrenamiento en el simulador de vuelo.

—Usted es arqueólogo, Jack.

—Sí, doctora.

—Conozco su historial. Usted fue el que descifró las inscripciones de la losa hallada en la ciudad muerta de Marte, lo que permitió llegar al conocimiento de una civilización extinguida. Así como la piedra de Rosetta permitió conocer el lenguaje jeroglífico de los egipcios antiguos, la piedra Ward fue la clave que permitió saber la historia de la civilización marciana, desaparecida hace unos treinta y cinco mil años.

—Es cierto —contesto.

—Su cooperación resultará valiosísima —dice ella—. Hablando claramente, no podríamos haber tenido más suerte al encontrarle a usted.

—Sí, arqueólogo, astronauta... y asesino —hablo amargamente.

Helga no se inmuta.

—Yo no pienso en usted como en un asesino, sino como un hombre víctima de las circunstancias. Le engañaban, se burlaban y pusieron una pistola al alcance de su mano. Un guardián indigno causó la muerte a dos de los presos confiados a su custodia. Usted no quería matarlo, pero aquel hombre llevaba

demasiado tiempo en este satélite y no tenía apenas calcio en los huesos.

—Los muertos, muertos están —respondo.

—Volveremos sobre este tema en otro momento, Jack.

—Sí, doctora.

Ella se disponía ya salir, se vuelve y me mira fijamente.

—Deseo que me llame Helga —dice.

—Como quiera, Helga.

Es una hermosa mujer. Parece de hielo por fuera, pero debe ser fuego puro cuando la alcance la pasión.

McNall viene a verme poco después.

—¿De qué ha hablado con la doctora? —me pregunta.

Levanto las cejas, sorprendido.

—Cosas sin importancia... Me ha hecho preguntas sobre mi pasado y le he respondido, eso es todo,

—Ward —dice McNall—, recuerde una cosa: aquí es usted solo un muerto que vive gracias a nuestra misericordia. Mejor dicho, más que un muerto, es una cosa de la que yo tengo derecho a disponer como me parezca. Si quiero cortarle a pedacitos, sin anestesia, lo haré y nadie podrá reclamarme nada. ¿Está claro?

Prefiero callar. Debo ser prudente.

No entiendo los motivos de la furia de McNall, pero lo mejor es evitar los choques.

Y, a fin de cuentas, McNall tiene razón: sólo soy una cosa que le pertenece tan absolutamente como su propia camisa.

* * *

—Hará unos quince años, se captaron ciertas señales de radio, provenientes del espacio exterior a nuestro sistema. Eran señales emitidas por seres inteligentes, sin la menor duda y, después de grandes esfuerzos, se consiguió descifrar el contenido de los mensajes. Eran emitidos por unos seres

inteligentes, que residían en un planeta al que ellos llaman Zanitzar, cuya raza se encontraba en un período de extinción, por motivos que no se consiguió conocer. Sin embargo, se logró saber que la extinción de esa raza se produciría en un espacio de tiempo comprendido entre quince y veinte años. Es decir, puede que hayan muerto ya los últimos zanitzarianos o tal vez queden aún algunos con vida. Este es el motivo del viaje que usted va a llevar a cabo —explica Helga una semana más tarde.

—Lo cual significa que, suponiendo que ese viaje tenga éxito, yo seré el encargado de averiguar lo que pasó en Zanitzar. Si hay personas con vida, entablaré relación con ellas y si nadie sobrevive, deberé investigar sobre su civilización —digo.

—Justamente. El viaje se empezó a preparar apenas se tuvo la certidumbre de que los mensajes captados no eran una broma de mal gusto, es decir, cuando se conoció la autenticidad de unas señales enviadas por seres inteligentes que habitan fuera del sistema solar. Todo ello tardó mucho, como es de suponer, aunque, al fin, se consiguió enviar una astronave superlumínica, tripulada por el capitán Brewster y del cual no se han vuelto a tener noticias. Sinceramente, Jack, suponemos que lo mató la aceleración. Pero creo que ahora podremos solucionar ese problema.

—Con un conejo de Indias inteligente —digo, sarcástico.

Helga se encoge de hombros.

—No teníamos dónde elegir —responde.

Yo también hago un gesto de indiferencia.

—A mí me sucede algo parecido —digo—. ¿Cuándo es la partida? Ya estoy muy entrenado...

Ella, de repente, manifiesta inquietud.

De pronto, alarga una mano y la pone sobre la mía.

El gesto me causa un escalofrío. Es una mano de mujer, fina, delicada, tibia...

Escruto sus ojos. Helga respira fuertemente. Su pecho, de firmes curvas, sube y baja con inusitada rapidez.

Avanzo hacia ella. La abrazo.

Helga jadea. Cierra los ojos... pero entreabre los labios y se deja besar, larga,



cálida, ardientemente.

CAPITULO IV

La puerta se abre de pronto, cuando aún estamos estrechamente abrazados.

—¡Helga! —exclama McNall—. Los gorilas han...

Helga y yo nos separamos con toda rapidez. ¿Qué nos ha sucedido?, me pregunto. ¿Qué extraña atracción ha arrojado a una doctora en brazos de un asesino?

Bien mirado, somos hombre y mujer. Es la única explicación que cabe..., pero los ojos de McNall echan chispas cuando se da cuenta de la situación.

De pronto, suena una risita burlona.

Asombrado, veo a Pedro detrás del doctor McNall.

—¡Hola, Jack! —saluda mi amigo—. He venido a echarte una manita.

McNall se revuelve furioso.

—Cállese, basura. Nadie le ha dado permiso para hablar —grita.

Interviene Helga.

—Milton, por favor, repórtate —pide, todavía con el rostro encarnado.

Sobreviene una pausa de silencio. Veo a McNall a punto de explotar.

Pero logra contenerse,

—Los gorilas ya han llegado —dice—. Están en perfectas condiciones.

—Iré a verlos ahora mismo...

McNall interrumpe a Helga:

—No, quédate aquí. Dile a tu querido asesino qué es lo que se espera de él. Es hora ya de que lo sepa.

Gira sobre sus talones y se marcha tan rápidamente, que Pedro ha de saltar a un lado para no ser atropellado.

Miro a Helga. Ella tiene los ojos bajos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Jack...

Pedro da un par de pasos.

—Lo siento, muchacho —dice—. Es un mal trago para ti.

—Pero, ¿es que nadie me va a decir de una maldita vez qué es lo que sucede? —grito, descompuesto.

De pronto, Helga echa a correr.

—Todavía es pronto, Jack —dice, sin volver siquiera la cara.

Pedro queda frente a mí.

—Me llamaron y no tuve más remedio que obedecer —dice—. Me han prometido la libertad cuando termine el experimento.

—¿Qué experimento? ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Lo siento, sólo soy un ayudante de cirugía. No puedo hablar; eso es cosa de los jefes... la doctora y McNall.

Pedro da media vuelta. Yo le agarro por un brazo.

—Te creí mi amigo, pero veo que estaba equivocado —digo en son de reproche.

—Jack, precisamente porque soy tu amigo estoy aquí. Si se tratase de otro, no habría venido. Y eso lo comprenderás algún día, créeme.

Se marcha. Me quedo solo.

La angustia me invade. ¿Qué diabólicos experimentos quieren hacer conmigo?

* * *

Por la tarde, McNall viene a buscarme.

—Sígame —ordena.

Obedezco. Atravesamos varias habitaciones y un par de laboratorios. Finalmente, llegamos a una vasta sala.

Hay dos enormes jaulas de recios barrotes. 'Dentro hay dos gorilas.

Son enormes, de más de ciento veinte kilos de peso, aunque no miden más de un metro sesenta de estatura. Extrañamente, parecen muy tranquilos. Sus ojos, que deberían expresar la furia de sentirse encerrados en las jaulas, tienen una mirada triste, llena de pesimismo.

—Mírelos, Jack —dice McNall.

—Sí, doctor.

—Esos gorilas han sido sometidos previamente a una serie de intervenciones quirúrgicas, a fin de agrandarles un poco la caja craneana. Son terriblemente fuertes y su cuerpo posee una resistencia física notablemente superior a la de un ser humano.

—Así lo dice la Historia Natural, doctor —contesto.

McNall se vuelve hacia mí.

—Jack, ¿cómo ha podido enamorarse Helga de usted? —pregunta.

—No lo sé. Ella podría contestarle mucho mejor que yo, supongo.

—Sí, son cosas que pasan. Ya ve, pensaba casarme con ella...

—¡Ah!, estaban prometidos.

—Bueno; tanto como prometidos, no; pero Helga se sentía muy atraída hacia mí. Creo que era inevitable que acabáramos casándonos.

—Lo siento, doctor. Sinceramente, la culpa no es mía. Ni de Helga —añado —. Cuando suceden estas cosas, la culpa no es de nadie...

—Entonces, ¿por qué mató usted a su esposa y al amante? —pregunta, burlón, McNall.

Mi cuerpo se pone rígido.

—Puede pedir mi historial a la Penitenciaría; allí encontrará todos los detalles del hecho —contesto.

McNall ríe de un modo que me pone la piel de gallina.

—Quizá la doctora Rhinner cambie más tarde de opinión —dice—. Mire ese gorila, el macho, claro. ¿Qué le parece?

—Un animal excepcional, aunque no soy demasiado entendido en zoología, doctor.

—La cavidad craneana del gorila es algo inferior a la del hombre; por eso, como puede apreciar, hemos agrandado quirúrgicamente su cabeza, cosa que, por supuesto, ha debido realizarse en una serie de operaciones que han durado muchos meses. Pero, en fin, el gorila está listo ya.

—¿Para qué, doctor? —pregunto, ingenuo.

Y casi en el acto, me doy cuenta de que esa pregunta sobraba.

Se me hace un nudo en la garganta. En mi estómago se produce un violentísimo espasmo.

—¡No! —grito.

—Sí —dice McNall fríamente,

—¡Jamás consentiré una atrocidad semejante! —protesto—. Antes que permitir esa salvajada, prefiero la muerte.

De pronto, echo a correr. Sorprendo a McNall quien no puedo evitar mi huida. Atravieso el laboratorio y abro la puerta.

Estoy decidido a buscar una esclusa y salir al espacio sin atmósfera. Todo antes que permitir convertirme en...

Pero dos hombres de uniforme me cierran el paso. Son tremendamente fornidos, muy robustos y, al parecer, han sido especialmente elegidos para casos como éste. Yo también soy fuerte..., pero ellos me inmovilizan como si fuese un niño de pocos años.

Me debato, forcejeo; todo es inútil. Los guardias me dominan sin dificultades.

McNall se acerca, riendo sarcástico.

—Así es, Jack; el cuerpo de ese gorila macho es para su cerebro —confirma.

* * *

Estoy en mi habitación, tumbado en la cama, sumido en amargos pensamientos. Un guardia vigila ante la puerta, por otra parte cerrada con llave. No hay escapatoria posible para mí... y si la hubiera, sería sólo en una dirección: la de la muerte.

La puerta se abre de pronto. Helga me mira tristemente.

—Lo siento, Jack —dice.

El guardia cierra. Helga y yo quedamos a solas.

—Debí habértelo dicho desde el primer momento, pero quería evitarte el *shock* que la noticia te produciría inevitablemente —prosigue, sentándose a los pies de la cama—. Aunque, claro está, tarde o temprano, tenías que enterarte.

—Mi cerebro, en un cuerpo de gorila... ¡Yo, mono! —digo agriamente.

—Es la única solución, Jack. El capitán Brewster murió...

—No sigas, conozco la historia de la primera astronave superlumínica. Y ¿qué más se espera de mí?

—Ya conoces el manejo de una de esas naves. Después de la operación, tendrás que reentrenarte. Te sentirás muy torpe en los primeros días, habrá falta de coordinación entre el sistema nervioso y el muscular, pero, inevitablemente, adquirirás soltura y conseguirás desenvolverte con toda normalidad.

—Sí, yo, mono.

—Jack, por favor.,.

—¿Cuándo es la operación?

—Todavía faltan por ultimar algunos detalles. No tardaremos mucho, por supuesto.

—¿Habéis consultado al gorila? ¿O es también un asesino, que no tiene dónde elegir, como yo?

No puedo evitar acordarme de la triste mirada del gorila. Su cuerpo vivirá, pero su cerebro será arrojado a un cubo de basura. El simio parecía presentir su triste suerte.

Helga se pone en pie.

—Jack, no sé cómo ha sido —dice—. Realmente, ni yo misma sé explicármelo… pero estoy sinceramente enamorada de ti. Y si crees que... que me agrada verte convertido en un gorila, aunque no sea más que de una forma provisional...

—¿Qué quieres decir? —pregunto, intrigado.

—Conservaremos tu cuerpo hasta que regreses de Zanitzar. Entonces realizaremos un «re-trasplante», recobrarás tu cuerpo y tu condena será cancelada.

—La condena a muerte, claro.

—No, toda la condena. Quedarás absolutamente libre, Jack; ése será tu premio por acceder al viaje a Zanitzar.

* * *

—Así que la doctora se ha chiflado por ti —dice Pedro, moderadamente irónico, mientras me toma el pulso.

—Cosas que ocurren —respondo, indiferente—. Pero, ¿cómo diablos has venido a parar aquí?

—Me ofrecieron la libertad al fin del experimento, Valía la pena aceptar.

—Creí que estabas aquí por no querer hacer más trasplantes...

—Ahora no tenía otra opción, Jack.

Pedro anota el resultado de sus observaciones y se pone en pie.

—De todos modos, mi presencia aquí te beneficiará, créeme —añade.

Yo me echo a reír. Pedro me mira extrañado.

—¿Qué diablos te pasa ahora, Jack? —gruñe.

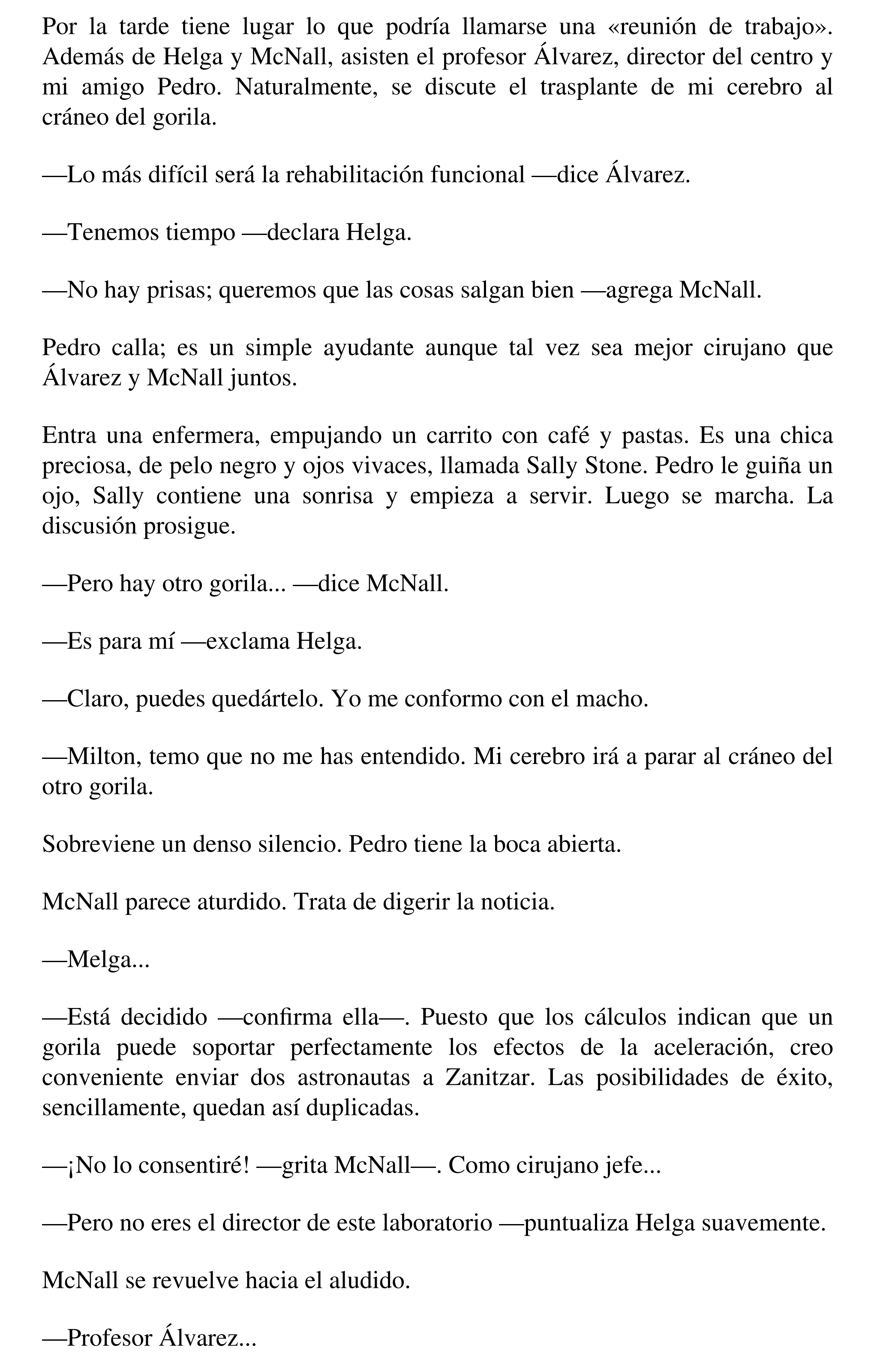
—Pedro, ¿recuerdas aquella novela titulada *El planeta de los simios?* Eran unos astronautas terrestres que llegan a un mundo poblado exclusivamente por monos...

—Sí, recuerdo la obra. ¿Y bien?

—Me van a convertir en mono. Sólo faltaría que Zanitzar fuese un planeta poblado por simios. Me quedaría allí, Pedro.

Mi amigo se encoge de hombros.

—Yo no estaré allí para obligarte a que regreses a la Tierra —se despide.



Por la tarde tiene lugar lo que podría llamarse una «reunión de trabajo». Además de Helga y McNall, asisten el profesor Álvarez, director del centro y mi amigo Pedro. Naturalmente, se discute el trasplante de mi cerebro al cráneo del gorila.

—Lo más difícil será la rehabilitación funcional —dice Álvarez.

—Tenemos tiempo —declara Helga.

—No hay prisas; queremos que las cosas salgan bien —agrega McNall.

Pedro calla; es un simple ayudante aunque tal vez sea mejor cirujano que Álvarez y McNall juntos.

Entra una enfermera, empujando un carrito con café y pastas. Es una chica preciosa, de pelo negro y ojos vivaces, llamada Sally Stone. Pedro le guiña un ojo, Sally contiene una sonrisa y empieza a servir. Luego se marcha. La discusión prosigue.

—Pero hay otro gorila... —dice McNall.

—Es para mí —exclama Helga.

—Claro, puedes quedártelo. Yo me conformo con el macho.

—Milton, temo que no me has entendido. Mi cerebro irá a parar al cráneo del otro gorila.

Sobreviene un denso silencio. Pedro tiene la boca abierta.

McNall parece aturdido. Trata de digerir la noticia.

—Melga...

—Está decidido —confirma ella—. Puesto que los cálculos indican que un gorila puede soportar perfectamente los efectos de la aceleración, creo conveniente enviar dos astronautas a Zanitzar. Las posibilidades de éxito, sencillamente, quedan así duplicadas.

—¡No lo consentiré! —grita McNall—. Como cirujano jefe...

—Pero no eres el director de este laboratorio —puntualiza Helga suavemente.

McNall se revuelve hacia el aludido.

—Profesor Álvarez...

—Si ella quiere, no podemos impedírselo —contesta el director con acento sosegado.

—A fin de cuentas, cuando volvamos de Zanitzar tendremos aquí nuestros cuerpos esperándonos —dice Helga.

—¡Lo haces porque estás enamorada de ese asesino! —vocifera McNall.

—Profesor Álvarez, ¿quiere indicar a Milton que, por favor, deje de lado circunstancias estrictamente personales? —sugiere Helga sin perder la compostura.

—Entonces, yo no operaré...

—Cuento con el doctor Varta.

—En efecto —interviene Pedro.

El pecho de McNall se hincha tempestuosamente.

—De acuerdo, podemos operar a los dos simultáneamente—. Se pone en pie con gesto violento—. No tengo la culpa de tu locura y, por supuesto, no intentaré curarte.

—Nadie te lo pide, Milton.

McNall sale dando un portazo. Pedro disimula una sonrisa.

—Doctora, ¿cree que ha tomado una decisión acertada? —pregunta el director.

Helga cierra los ojos un instante. Su pecho, de firmes redondeces, sube y baja con rápidos movimientos, Está pálida.

—¿Doctora? —insiste Álvarez.

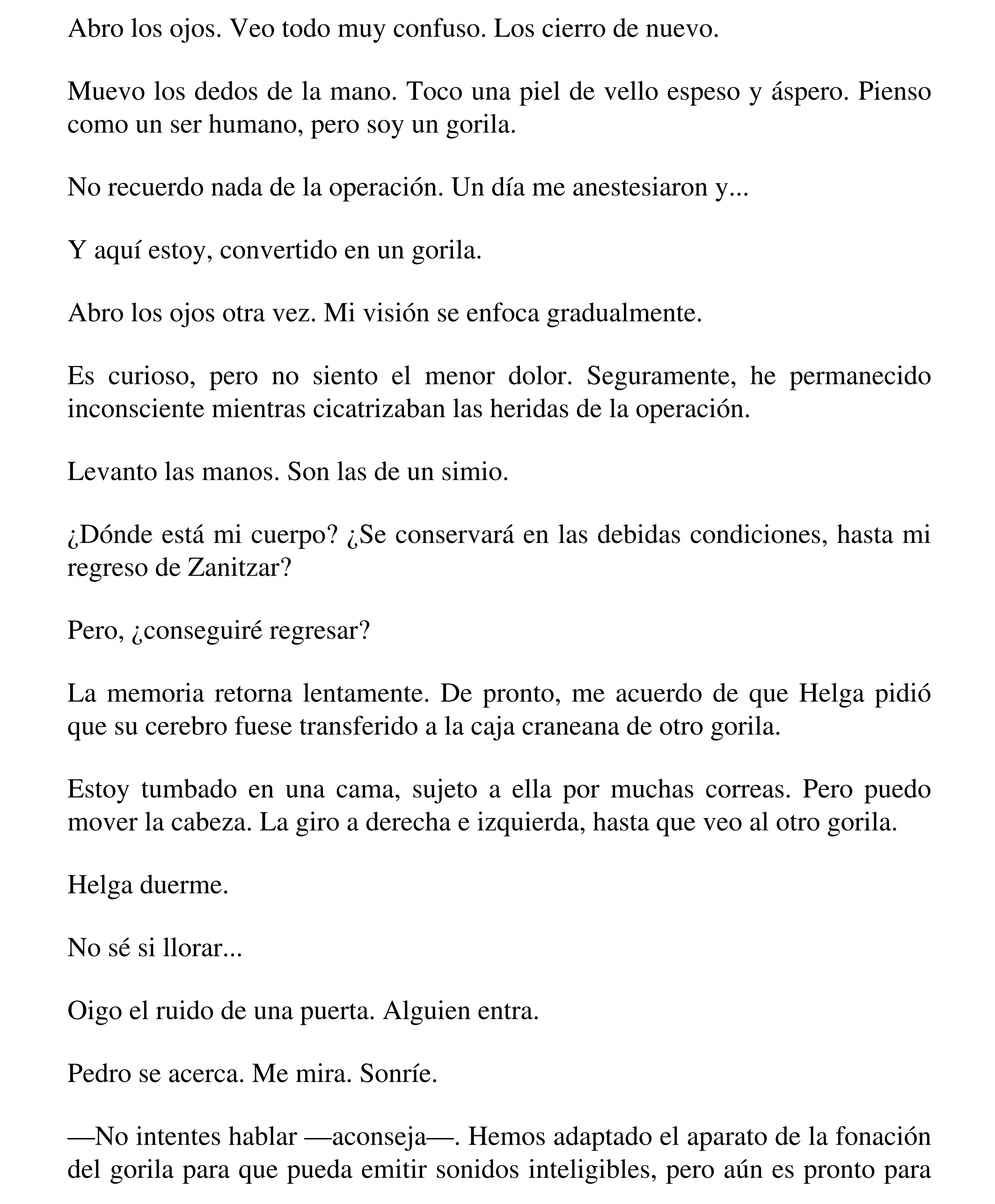
—Sí, es una decisión acertada —responde Helga por fin.

CAPITULO V

Ya soy un gorila.

Yo, mono.

Han pasado... ¿cuantos días? ¿O han sido semanas?



Abro los ojos. Veo todo muy confuso. Los cierro de nuevo.

Muevo los dedos de la mano. Toco una piel de vello espeso y áspero. Pienso como un ser humano, pero soy un gorila.

No recuerdo nada de la operación. Un día me anestesiaron y...

Y aquí estoy, convertido en un gorila.

Abro los ojos otra vez. Mi visión se enfoca gradualmente.

Es curioso, pero no siento el menor dolor. Seguramente, he permanecido inconsciente mientras cicatrizaban las heridas de la operación.

Levanto las manos. Son las de un simio.

¿Dónde está mi cuerpo? ¿Se conservará en las debidas condiciones, hasta mi regreso de Zanitzar?

Pero, ¿conseguiré regresar?

La memoria retorna lentamente. De pronto, me acuerdo de que Helga pidió que su cerebro fuese transferido a la caja craneana de otro gorila.

Estoy tumbado en una cama, sujeto a ella por muchas correas. Pero puedo mover la cabeza. La giro a derecha e izquierda, hasta que veo al otro gorila.

Helga duerme.

No sé si llorar...

Oigo el ruido de una puerta. Alguien entra.

Pedro se acerca. Me mira. Sonríe.

—No intentes hablar —aconseja—. Hemos adaptado el aparato de la fonación del gorila para que pueda emitir sonidos inteligibles, pero aún es pronto para

que hables; las cicatrices interiores deben de estar aún tiernas. Tendrás que acostumbrarte a hablar con la laringe, la lengua y el paladar del simio, pero lo conseguirás.

Me gustaría llamarle traidor. ¿Por qué no hizo fracasar la operación? Ahora yo estaría muerto...

Pedro parece adivinar mis pensamientos.

—Créeme —prosigue—, lo mejor que ha podido pasarte es que yo estuviera a tu lado. Irás a Zanitzar y volverás, Jack.

Vuelve la cabeza y mira al otro gorila.

—Ella es una mujer admirable —dice—. Sinceramente, yo no habría sido capaz de aceptar de forma voluntaria ese trasplante de cerebro. Y si no fuera porque no podría resistir la aceleración, me gustaría viajar con vosotros a Zanitzar.

La puerta se abre de pronto. Sally Stone aparece en el umbral.

—¿Pedro?

—Hola, nena —sonríe mi amigo.

Sally trae un sobre en la mano.

—Ha llegado esta carta para ti, en la última nave-correo —indica.

Pedro toma la carta y mira el sobre.

—Oh, es de mi amigo Harry Flagg —dice con naturalidad Y se guarda la carta en un bolsillo—. Gracias, Sally.

—Tengo café preparado —sonríe la enfermera.

—Vamos allá, preciosa.

Pedro sale con Sally. Caminan muy juntos. De pronto, ella lanza una alegre carcajada.

Me muero de envidia.

Ellos siguen siendo humanos.

Helga y yo somos monos.

Algo húmedo se desliza por una de mis «mejillas».

Estoy llorando. Pero, ¿puede llorar un simio?

Más tarde, entra el doctor McNall y se acerca a mi cama. Me mira largamente, en silencio. En sus labios se dibuja una sonrisa burlona.

Luego se acerca a Helga. También la mira.

De pronto, echa la cabeza hacia atrás y lanza una estruendosa carcajada.

Siento un escalofrío. Parece la risa de un demente.

Riendo desaforadamente —¿de qué?, McNall abandona la estancia. No puedo evitar que los más negros presentimientos invadan mi ánimo.

* * *

El período de reeducación ha sido largo y nada fácil.

Al principio, ni siquiera podíamos mantenernos en pie. Nos caíamos a cada momento. Poco a poco, aprendimos a mantener el equilibrio.

Luego tuvimos que aprender a conseguir que los músculos obedeciesen las órdenes del cerebro. Eran los músculos de un gorila, actuando bajo los impulsos de un cerebro humano. Pero, como había dicho alguien tiempo atrás, no había prisa.

Cuando ya nos desenvolvíamos con normalidad, tuvimos que reentrenarnos en el manejo del simulador de vuelo. Ahora los asientos estaban adaptados a nuestra nueva figura, pero los instrumentos no habían variado. Era preciso mover los gruesos dedos simiescos con la mayor delicadeza. Y la tarea se prolongó más todavía.

También podíamos hablar. Las primeras palabras que emití salieron de mi garganta de mono, con una voz horrenda, chirriante, apenas inteligibles..., pero al fin aprendimos a hablar con claridad.

En resumen, éramos unos monos inteligentes, tanto, que incluso pedimos ropa, una especie de monos cortos de mangas y perneras: El cuerpo podía ser de simio, pero los sentimientos del pudor, especialmente por parte de Helga, seguían siendo humanos.

Pedro y Sally nos atendían constantemente. A McNall apenas si lo veíamos; debía de estar muy ocupado con otros experimentos.

Un día, semanas después de la operación, vino a verme. En aquellos momentos, yo estaba solo.

—Hola, mono —dice.

—Hola —contesto.

—Pronto emprenderás el viaje. Tienes suerte, no irás solo. Llevarás al lado a una mónita muy guapa.

—Doctor, ¿quiere que le diga una cosa?

—Sí, claro...

—Lárguese de aquí, o le partiré el cuello.

—No te atreverás, mono.

—¿Puede un juez condenar a un simio?

McNall palidece.

Retrocede, muy asustado.

—Será mejor que te calmes —ruega.

—Entonces, fuera de aquí.

McNall se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se vuelve hacia mí.

—Mono, ¿recuerdas a Bill? Tú lo mataste —dice.

—Sí, lo recuerdo. Pero, ¿qué tiene eso que ver...?

—Era un buen amigo mío. Adiós.

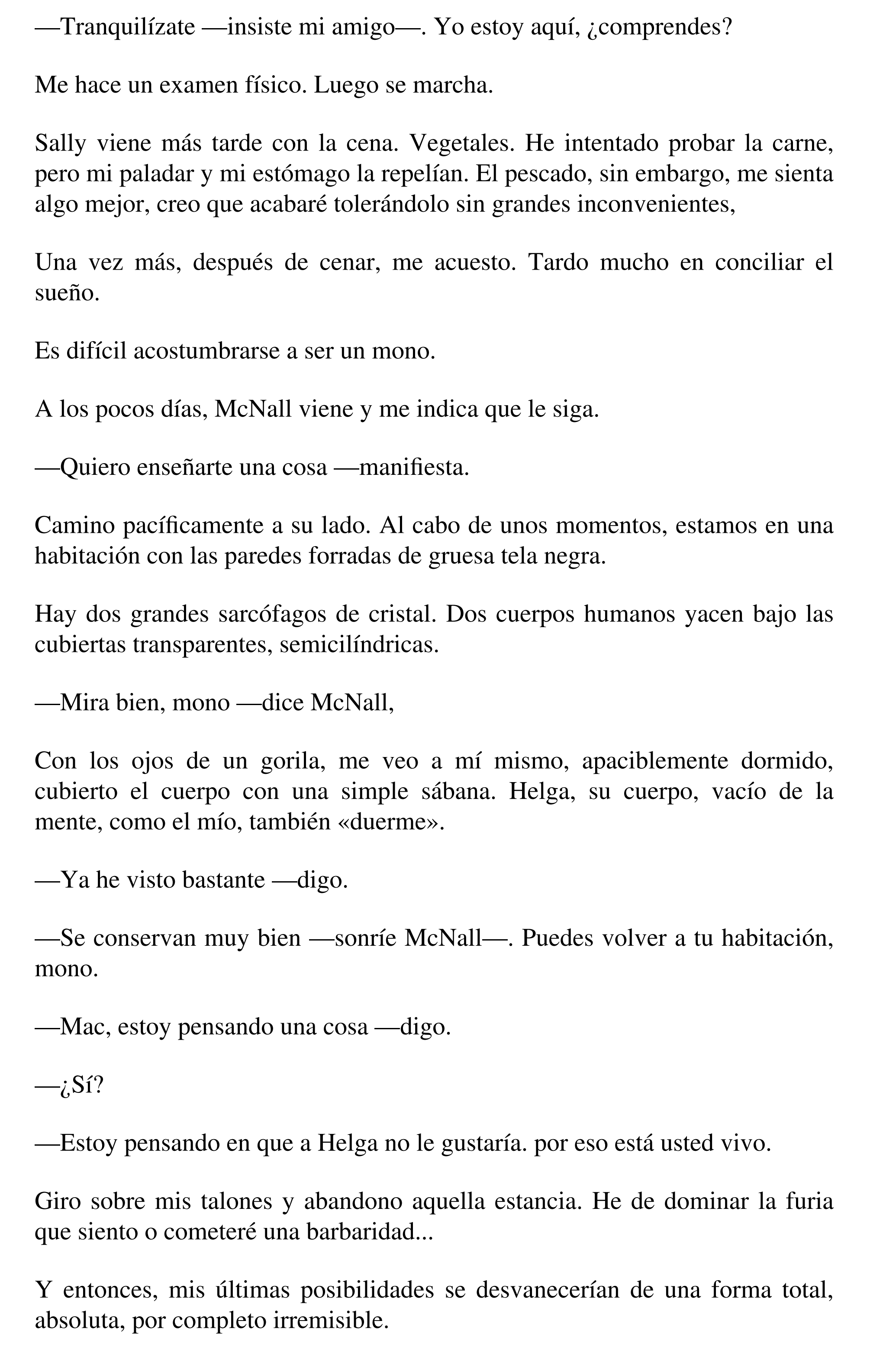
Me quedo solo. ¿Qué diablos ha querido decir McNall? Sus últimas palabras me preocupan considerablemente.

Pedro viene más tarde.

—Ten cuidado con McNall —le digo—. Ese tipo trama algo sucio.

—No te preocupes, Jack.

—Sí, estoy muy preocupado, no puedo evitarlo.



—Tranquilízate —insiste mi amigo—. Yo estoy aquí, ¿comprendes?

Me hace un examen físico. Luego se marcha.

Sally viene más tarde con la cena. Vegetales. He intentado probar la carne, pero mi paladar y mi estómago la repelían. El pescado, sin embargo, me sienta algo mejor, creo que acabaré tolerándolo sin grandes inconvenientes,

Una vez más, después de cenar, me acuesto. Tardo mucho en conciliar el sueño.

Es difícil acostumbrarse a ser un mono.

A los pocos días, McNall viene y me indica que le siga.

—Quiero enseñarte una cosa —manifiesta.

Camino pacíficamente a su lado. Al cabo de unos momentos, estamos en una habitación con las paredes forradas de gruesa tela negra.

Hay dos grandes sarcófagos de cristal. Dos cuerpos humanos yacen bajo las cubiertas transparentes, semicilíndricas.

—Mira bien, mono —dice McNall,

Con los ojos de un gorila, me veo a mí mismo, apaciblemente dormido, cubierto el cuerpo con una simple sábana. Helga, su cuerpo, vacío de la mente, como el mío, también «duerme».

—Ya he visto bastante —digo.

—Se conservan muy bien —sonríe McNall—. Puedes volver a tu habitación, mono.

—Mac, estoy pensando una cosa —digo.

—¿Sí?

—Estoy pensando en que a Helga no le gustaría. por eso está usted vivo.

Giro sobre mis talones y abandono aquella estancia. He de dominar la furia que siento o cometeré una barbaridad...

Y entonces, mis últimas posibilidades se desvanecerían de una forma total, absoluta, por completo irremisible.

Una semana después, nos anuncian que todo está listo para la partida.

La nave ha sido aprovisionada para un viaje de dos años de duración, aunque confían en que dure la mitad solamente. Llevamos agua y provisiones en abundancia, y también armas y medicinas y numerosos instrumentos y herramientas, que pueden sernos útiles en ese mundo desconocido que es Zanitzar.

Pedro y Sally vienen a despedirnos, cuando ya estamos en la esclusa que conduce a la astronave superlumínica. Sally tiene los ojos húmedos.

—Ve tranquilo —dice Pedro, muy serio.

—Buen viaje —nos desea Sally.

Yo quiero decir algo, pero las palabras no me salen. Helga titubea un momento, Sally adivina lo que piensa y se acerca para besarla. La mano de Pedro se cierra con fuerza sobre la mía.

Momentos después, nos hallamos en el puesto de pilotaje. El despegue será relativamente suave. Lo malo vendrá cuando empecemos a llegar a la velocidad de la luz.

Abajo, técnicos y especialistas se afanan en torno a la nave. Durante semanas, han revisado una y otra vez todos los mecanismos e instrumentos, eliminando la posibilidad de un fallo. Todo está listo ya para la partida.

El director de vuelo nos hace las últimas recomendaciones a través de la radio. La nave despegará por control semiautomático y yo seré el encargado del pilotaje, al menos durante las primeras horas. Luego, Helga me relevará y así sucesivamente, hasta el momento crítico en que vayamos a rebasar la velocidad de la luz, en que los mecanismos actuarán automáticamente.

Nos ajustamos los arneses. Dispongo todo para el despegue. Ya se ha iniciado la cuenta atrás de los últimos sesenta segundos.

Una vez presionado el botón de arranque, los motores actuarán al transcurrir un minuto. Pero apenas he realizado la operación, suena un timbre y se enciende una luz.

—Nos llaman por televisión —dice Helga.

Doy el contacto. Un rostro burlón aparece en la pantalla.

—Hola, monos —saluda McNall.

Yo parpadeo. McNall está en la sala donde se conservan nuestros cuerpos humanos. No sé cómo, pero ha instalado un circuito de televisión y, al apartarse ligeramente, podemos ver los sarcófagos de cristal.

—Voy a ser muy breve —continúa McNall—. Van a estar meses en el espacio tal vez un par de años... Tengan cuidado; aunque sus cerebros son humanos, los cuerpos son de gorila y... es casi seguro que se sentirán acometidos por ciertos deseos muy naturales... A fin de cuentas, el instinto, en los animales, como en el hombre, también les lleva a reproducirse. ¡Pero sus hijos, si los tienen, carecerán de inteligencia! ¡Serán monos auténticos!

Helga lanza un grito de horror.

McNall vuelve a reír burlonamente.

—Claro que si quieren tener hijos, allá ustedes —añade—. Lo único seguro es que ya no volverán a sus cuerpos. ¡Miren!

Se aparta a un lado. Helga chilla.

Yo lanzo un rugido enteramente simiesco.

Mi cuerpo y el de Helga se consumen. Se queman, humean, ya están carbonizándose...

—¡Maldito, maldito! —grito.

McNall sigue riendo. De súbito, la nave da un salto y la imagen desaparece de la pantalla.

En pocos segundos, somos lanzados al espacio.

Ya no podemos volvernos atrás.

* * *

Han pasado largas horas. Helga no ha podido sobreponerse aún al choque que le ha producido contemplar la destrucción de su cuerpo humano.

Yo me siento como atontado. Helga y yo seguiremos siendo monos mientras vivamos.

Esto es ya algo irreversible. Jamás recuperaremos nuestra forma original.

Yo, mono. Ella, mona.

Las estrellas brillan fríamente ante nosotros. ¿Se burlan?

Por fin, trato de volver a la realidad. Es preciso aceptar las cosas tal como son.

—Helga.

Ella se vuelve.

—Dime, Jack.

—Estás a mi lado. No te preocupes.

—Pero ahora soy...

—Lo que tú misma elegiste. Y no creo que lo hicieras por el mero capricho de conocer personalmente las sensaciones de un simio.

—No, Jack. Yo... estaba tan interesada en esta operación. ..

—Lo sé, y la operación está en marcha y ahora no podemos volver atrás. Hemos de pensar una cosa: hay un mundo en peligro, ¿no es así?

—Cierto —admite ella.

—Entonces, olvídate de lo que ha pasado. Piensa que podemos salvar a unos desdichados de la triste suerte que les aguarda.

—Jack, yo estoy pensando en otra cosa.

—Di me, por favor.

—Tal vez un día... podamos recobrar la forma humana.

—¿Cómo?

—Hay personas que mueren de accidente. Algunos accidentes afectan solamente al cerebro. El resto del cuerpo queda intacto.

—Es una posibilidad —admito.

—Pedro Varta es buen amigo tuyo. Si conseguimos regresar de Zanitzar, tal vez él... nos ayude.

—Sí, podría ayudarnos. Pero pienso en nuestra segunda readaptación, mucho más difícil aún,

—¿Por qué, Jack?

—Volver a nuestros cuerpos, con los que hemos vivido siempre, resultaría fácil. Otro cuerpo podría causarnos incluso graves traumas. A veces, uno viaja y se hospeda en hoteles, por ejemplo, pero, al volver a su casa, encuentra todo familiar y se adapta instantáneamente al lugar en donde siempre ha vivido. Pero si después de un largo viaje tiene que volver a una casa que no es la suya y en ella ha de vivir mucho tiempo, la adaptación le cuesta mucho más.

—Sí, entiendo..., pero lo conseguiríamos, Jack.

—Por supuesto, siempre que encontremos dos cuerpos humanos, correspondientes al sexo de cada uno y con las edades, al menos aproximadas, correspondientes a las que teníamos en el momento de la conversión en simios.

Hago una pausa.

—Y todo ello, suponiendo que podamos volver —añado, no demasiado confiado en el porvenir.

Ella asiente. A decir verdad, el porvenir que se nos presenta es más bien negro.

Pero la suerte está ya echada y no podemos volver nos atrás.

CAPITULO VI

El momento crítico se aproxima.

Vamos a rebasar la velocidad de la luz. ¿Qué pasará después?

¿Nos fundiremos en el Cosmos? ¿Se convertirá la nave en algo microscópico? ¿Explotará?

Nadie sabe lo que pasará. Sólo un audaz astronauta podría decirlo..., pero no se han tenido noticias suyas desde que anunció se disponía a romper la barrera de la luz.

Durante días enteros, la nave ha ido acelerando gradualmente. Podíamos movernos en ella sin dificultades, pero cuando llegó la hora, tuvimos que ocupar nuestros asientos. Ahora ya hemos hecho funcionar los arneses especiales, que nos envuelven el cuerpo enteramente, como los vendajes de una momia, dejando libre sólo el rostro y las manos simiescas.

Mis ojos están fijos en el indicador. Las cifras, hasta el centenar, marcan lo miles de kilómetros por segundo. Ya estamos en el doscientos ochenta y cuatro.

Esto significa que sólo nos faltan dieciséis mil kilómetros para alcanzar la velocidad de la luz. Entonces...

Aparece la cifra 285. Un par de segundos más tarde veo el 286.

A decir verdad, no sentimos la aceleración en absoluto. Pero los arneses pueden salvarnos la vida en el momento de alcanzar la cifra 300.

En el indicador aparece el número 291.

—Animo, Helga —digo.

—Estoy dispuesta —contesta ella.

292... 293... 294... 295... 296...

¡Sólo faltan cuatro kilómetros para alcanzar la velocidad de la luz!

Las estrellas parecen arrojarse contra nosotros. Ya no están quietas; ahora son trazos fulgurantes, que surgen del fondo del Universo, convergiendo aterradoramente sobre la proa de la nave.

297... 298... 299...

Un grito involuntario escapa de mi garganta instantes más tarde:

—¡Trescientos mil kilómetros por segundo!

Bruscamente, desaparecen las estrellas.

* * *

Todo se ha vuelto negro. No hay luz.

Y no sentimos nada, no percibimos la menor sensación.

Oscuridad. Silencio.

Pero la oscuridad está fuera de la nave. Dentro, las luces han seguido brillando con toda normalidad.

Muevo los dedos. No sucede nada. Los músculos obedecen con toda normalidad.

—Helga —llamo.

—Me encuentro bien —dice ella.

—¿Te das cuenta? Hemos rebasado la barrera de la luz...

—Es maravilloso, Jack.

Miro al nuevo indicador que habré de consultar a partir de ahora. Está solamente en la cifra dos. Esto significa que volamos al doble de la velocidad de la luz.

Aparece el número 3. ¡900.000 kilómetros por segundo!

En seguida surge el número 4. Y el 5, el 6, el 7, el 8...

Presiono una tecla. Los arneses me dejan suelto. Puedo erguirme en el asiento.

Me pongo en pie. No pasa nada.

Helga se levanta también. Me abraza. Voy a besarla, pero entonces veo sus horribles labios y vuelvo la cara a un lado.

—Lo siento —me disculpo.

—No te preocupes —dice ella, con su repugnante sonrisa de gorila.

Se separa de mí. Contempla el cuadro de mandos.

—Volamos a doce —exclama.

—Así es, doce veces la velocidad de la luz, más de tres millones y medio de kilómetros por segundo. Pero ahora iremos acelerando con menor rapidez hasta alcanzar la cifra máxima de veinte veces la velocidad de la luz.

—¿Lo que significa...?

—Unos quinientos veinte mil millones de kilómetros por día. Pero teniendo en cuenta la distancia, que es de unos treinta y ocho billones, el viaje debe durar entre setenta y ochenta días, incluyendo el lógico período de deceleración, que se iniciará automáticamente.

—Me aterran esas cifras, Jack.

—Treinta y ocho billones de kilómetros no son sino cuatro años luz, en cifras redondas. ¿Qué me dices, entonces, de nuestra Galaxia, la Vía Láctea, cuyo eje mayor se calcula en unos ciento treinta mil años luz?

—No puedo pensar, me mareo.

—Sí, a veces conviene no pensar en esas cifras —digo—. Pero lo más importante es que no nos ha sucedido nada y que estamos vivos y que parece lógico que no ocurra ninguna cosa desagradable en la deceleración.

—Por tanto, podremos saber qué le ocurrió al capitán Brewster.

—Al menos, lo intentaremos.

Helga se queda pensativa unos momentos.

—Jack —dice al cabo—, ¿qué ocurrirá cuando encontremos a los zanitzarianos? ¿Qué pensarán ellos al ver unos astronautas con figura de simio? ¿Creerán que son así todos los habitantes inteligentes de la Tierra?

Medito unos instantes.

Al fin, doy mi respuesta:

—Nena, lo mejor será esperar al primer contacto con Zanitzar. Y mientras ese momento llega, ¿quieres preparar algo de comer?

—Con una copa, para celebrar el paso de la barrera de la luz —dice Helga alegremente.

* * *

Estamos cómodamente sentados en los sillones. El indicador de velocidad lumínica marca la cifra 20 de un modo invariable.

Seis millones de kilómetros por segundo, trescientos sesenta por minuto, veintiún mil seiscientos millones de kilómetros por hora... No está mal.

—Jack, ¿por qué usaste la pistola? —pregunta Helga súbitamente.

Me pilla desprevenido. Tardo algunos segundos en responder.

—La tenía al alcance de mi mano...

—Pero era un arma prohibida.

—Lo sé. Sin embargo, yo la tenía como recuerdo de unas excavaciones arqueológicas.

—¿Funcionaba al cabo de, quizá, cien años?

—Pues, sí, ya puedes ver.

—Pero la pólvora tendría que haberse descompuesto en tanto tiempo. Y la misma pistola, aun siendo de buen metal, debería estar oxidada.

—La limpié yo...

—¿Para que funcionase?

—No, claro. Simplemente, le quité el óxido.

—Y la engrasaste y pusiste ocho balas en el cargador y una en la recámara.

—No, Helga, yo no hice nada de eso.

—Entonces, ¿por qué funcionó el arma cuando apretaste el gatillo?

Me quedo perplejo. Esto es algo que, aunque parezca mentira, no se me había ocurrido pensar hasta ahora.

—¡Helga, ¿tratas de decirme que «aquello» estaba preparado?

—¿Por qué no, Jack?

—Pero, ¿quién iba a desear que yo hiciera una cosa semejante?

—El te golpeó y caíste al suelo. La pistola estaba al alcance de tu mano.

—Sí.

—Te pusiste furioso y agarraste el arma sin más.

—Así sucedió, Helga.

—Y disparaste contra él.

—¡Pero también murió mi esposa!

—¿Disparaste contra ella?

—¡No, rayos! Lo que hice fue por puro instinto...

Me callo de pronto.

¿Fue algo deliberadamente preparado?

—Jack, ella quería deshacerse de dos hombres a la vez —asegura Helga.

—El esposo y el amante.

—Sí.

—Es posible que tengas razón —digo.

—La tengo, Jack. Lo que sucede es que algo falló y ella murió.

Guardo silencio de nuevo. Después de rememorar intensamente aquel horrible suceso, llego a una conclusión:

—Lo que pasó en mi casa ya no me interesa en absoluto —respondo.

Ahora sólo me interesa cumplir la misión, regresar... y esperar a que un hombre joven muera para yo ocupar su cuerpo.

Entonces, dejaré de ser un mono.

* * *

Han pasado setenta y seis días.

Ya vemos las estrellas. Se mueven cada vez más despacio. Pronto quedarán inmóviles. A cada momento consultamos los instrumentos de detección con mayor avidez.

Debemos de estar muy cerca de Zanitzar. Ya falta poco para que termine el viaje de ida.

¿Habrá viaje de vuelta?

Nuestra ansiedad es tanta, que hemos acabado por olvidarnos de nuestra configuración simiesca. Helga y yo nos movemos con tanta facilidad, como si realmente hubiéramos nacido siendo gorilas.

Pero McNall, en cierto modo, tenía razón; hay algo de lo que deberemos abstenernos... so pena de tener hijos auténticamente simios. Ellos no podrían tener un cerebro inteligente, como el nuestro.

Pasan tres días más. De pronto, surge un centelleo de una de las pantallas.

—¡Jack, señales de planeta habitado! —grita Helga.

Corro a la cabina de mando. Las señales son inequívocas.

Estamos llegando a Zanitzar. Sin más, conecto el emisor automático de llamadas, que repetirá nuestro mensaje cada quince minutos:

— ¡Atención, Zanitzar! Esta es la nave terrestre «Supralux», acudiendo a vuestro planeta en respuesta a la llamada hecha por vosotros hace quince años. Os rogamos hagáis señales que nos permitan aterrizar en las inmediaciones de un lugar habitado.

Nuestra radio emitirá el mensaje periódicamente. Ya no debemos preocuparnos más de este asunto.

Ahora conecto un telescopio. A los pocos momentos, divisamos Zanitzar.

—Es un planeta tipo Tierra —dice Helga, después de consultar diversos indicadores.

—Muy bien, eso nos permitirá movernos sin dificultad en su superficie. Voy a revisar las armas.

—Jack, ¿crees que será necesario?

—Conviene estar prevenido. —De pronto, suelto una carcajada—. Ya ves, me condenaron por usar un arma de fuego y ahora nos proporcionan dos, con sus municiones. ¿Qué te parece?

Las horas transcurren lentamente. Orbitamos en torno a Zanitzar, perdiendo altura gradualmente. Ahora usamos telescopios ópticos y exploramos la superficie del planeta, sin ver nada de particular.

—Es curioso —digo—. ¿Por qué pedían socorro? Zanitzar parece perfectamente habitable.

—¿Qué me dices de una epidemia?

—¿Mencionaba el mensaje algo sobre ese particular?

—No, sólo decían que se encontraban en peligro.

Consulto mi reloj.

—Es hora de descansar —digo—. Mañana desembarcaremos, Helga.

—Está bien, Jack.

El descanso nos era necesario. Las últimas horas habían transcurrido en medio de una enorme tensión. Resultaba necesario hallarse en perfecta forma física y mental en el momento de poner el pie en Zanitzar.

Dormimos bien, por fortuna. Después del desayuno, inicio la maniobra de aproximación. Todavía estamos a unos treinta mil kilómetros de altura.

De pronto, Helga lanza un grito:

—¡Jack, señales!

Miro a través de la lucerna más próxima. Abajo, en el suelo, se ve un destello luminoso.

Parece un espejo... Los destellos se repiten de un modo singular.

—Es Morse —digo.

—¡Brewster! Está vivo —exclama Helga.

Trato de captar las señales, pero la nave vuela con demasiada rapidez y todavía ha de dar otra vuelta en torno al planeta.

Varias horas más tarde, captamos de nuevo los destellos.

Ahora ya podemos recibir el mensaje:

—Cuidado... grave peligro... —deletreo, pero antes de continuar la lectura de los destellos, cesa la transmisión.

—Ha pasado algo —dice Helga.

Ya no hay más mensajes en Morse. Será preciso estar prevenido.

Tiemblo por la suerte de Brewster. Para él debe de ser algo horrible morir, cuando ya estaba a punto de ser rescatado.

Pero, ¿no correremos nosotros su misma suerte?

Sea como sea, debemos aterrizar y averiguar lo ocurrido.

CAPITULO VII

Ya estamos en Zanitzar.

Helga y yo hemos desembarcado, provistos ambos de sendos rifles cargados con balas explosivas y perforantes, según se desee. Además, llevamos mochilas con alimentos y medicina terrestres.

La atmósfera es clara, suave, incluso perfumada. Delante de nosotros se extiende un enorme bosque, formado por árboles de ochenta a noventa metros de altura. Los árboles, sin embargo, están bastante distanciados entre sí, cosa de cincuenta o sesenta metros. El suelo está relativamente limpio, aunque cubierto de hierba. No se ven apenas malezas.

Tampoco se perciben señales de vida inteligente. Y, sin embargo, nos hallamos a muy corta distancia del lugar donde alguien hacía funcionar un espejo para enviarnos mensajes en Morse.

—¡Capitán Brewster! —grito.

Nadie contesta. Reina un silencio casi absoluto, roto únicamente por el susurro de las hojas de los árboles cercanos, muy semejantes a los chopos terrestres, aunque de un tamaño enormemente superior.

De pronto, el silencio queda roto por un extraño sonido.

Es un sonido muy raro, mezcla de rugido y chillido, como si brotase de la garganta de un animal gigantesco, cuya voz, por decirlo así, fuese muy afilada. Cargo el rifle y lo preparo con balas explosivas.

El arma es muy liviana, pese a su calibre de dos milímetros y medio. Los cartuchos son todo explosivo, incluso la vaina, salvo el culote donde se encuentra el fulminante. En el momento del disparo, la vaina deflagra y se consume totalmente.

El cargador contiene doce cartuchos. Según se active la espoleta del proyectil, por medio de un mecanismo situado en el propio cargador, el proyectil se convierte en explosivo o queda simplemente perforante. Yo hago que sea explosivo; no quiero correr riesgos.

El bramido-chillido se repite, ahora más cerca. De repente aparece la fiera.

Helga grita de terror. Yo doy un paso hacia atrás.

Sinceramente, no estoy preparado para contemplar el horror que ha surgido del bosque. Parece un elefante, pero doblemente voluminoso, con la cabeza de cefalópodo. Hay, al menos, ocho o diez tentáculos, de una docena de metros, que se agitan ominosamente en torno a una boca-pico, armada con dientes de sierra, ninguno de los cuales mide menos de cincuenta centímetros.

La cola de la bestia es larguísima, diez metros, bifurcándose a cinco del cuerpo, y termina en sendos aguijones córneos, en forma de punta de arpón.

Es una pesadilla viviente.

—Calma, Helga.

Apunto con todo cuidado. Tras unos segundos de observación, la bestia se nos echa encima.

Disparo. El proyectil explota dentro de su boca-pico. La cabeza de cefalópodo vuela por los aires en sangrientos pedazos. El animal cae fulminado.

—¡Buena puntería! —elogia Helga.

Entonces ocurre algo espantoso.

El bajo vientre de la bestia muerta se abre, se rasga... algo sale de su interior... una pequeña manada de bestezuelas de la misma forma, ocho o diez paquidermos cefalopoides, del tamaño de jabalíes, que corretean alocadamente por el bosque, aunque se detienen de cuando en cuando a arrancar algo de hierba con los tentáculos de su cabeza, para llevarla luego a la boca-pico e ingerirla con bastante placer, según apreciamos.

Ninguno de los animales parece preocuparse en absoluto de la madre muerta. Uno de ellos, sin embargo, nos divisa y viene hacia nosotros, pero yo lo despedazo de un certero disparo cuando ya está a diez pasos de distancia.

Los demás huyen lanzando agudos chillidos de terror. De pronto, se oye un terrible bramido.

—Helga, detrás de mí —ordeno.

La voz de este animal es de tonos más graves que el de la hembra muerta y, por supuesto, mucho más potente.

—Preveo que acude el macho —dice Helga.

El trompeteo se repite. No tardamos diez segundos siquiera en divisar al

elefante-pulpo, a menos de cien metros.

Su tamaño es aterrador, casi el doble del de la hembra muerta. La longitud de sus tentáculos no bajará de quince metros y la cola bifurcada es aún más larga. Del suelo a su lomo debe de haber unos siete u ocho metros, tal vez más. Es algo indescriptible, realmente pavoroso...

Y no viene solo. Detrás de él se divisan más seres de su misma especie.

Probablemente, es el jefe de manada y sus subordinados le siguen. También trompetean, atronando la atmósfera con sus bramidos-chillidos.

Helga da un paso lateral.

—Yo también tengo un fusil —exclama.

Tenemos la nave a las espaldas. Pero esos gigantescos animales de pesadilla son capaces de volcarla. ¿Nos veremos obligados a despegar?

El macho jefe inicia su caminata hacia nosotros, todavía al paso. Pero no tardará en acelerar.

Es preciso actuar, anticiparse al ataque. Hinco una rodilla en tierra y presiono el botón de puntería automática. La cabeza de la bestia queda en la intersección de las dos rayas luminosas que forman la cruz filar de puntería. Una segunda tecla acciona cierto mecanismo que obligará al fusil a seguir sus movimientos hasta el momento del disparo. Helga también ha conectado ese dispositivo.

Hacemos fuego. Los dos proyectiles parten con una diferencia escasa de medio segundo. Explotan sordamente. La cabeza cefalopoidea del animal vuela en mil repugnantes trozos. El cuerpo se desploma fulminantemente.

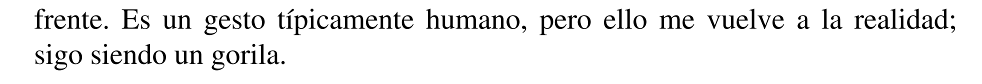
Entonces ocurre algo extraordinario.

¿Son inteligentes esos animales?

Una veintena de cabezas cefalopoideas se alza al cielo. Veinte gargantas emiten unos tristes y lamentosos sonidos, muy distintos de los que lanzaban cuando se sentían enfurecidos. Luego, de pronto, trotan para alejarse de aquel lugar y desaparecen de nuestra vista.

—¡Uf! —digo.

Me pongo en pie y levanto el brazo izquierdo para enjugar el sudor de la


frente. Es un gesto típicamente humano, pero ello me vuelve a la realidad; sigo siendo un gorila.

—Nos hemos salvado de buena —comenta Helga.

—Sí, pero no podemos seguir aquí eternamente. Di-me, Helga, ¿quién planeó este viaje?

—¿Por qué lo preguntas, Jack?

—Alguien debió colocar a bordo un vehículo ligero y manejable, para que pudiéramos movernos por la superficie de Zanitzar con un mínimo de dificultades. Pero ni siquiera disponemos de una bicicleta...

—¿Qué estás diciendo, Jack? ¡Hay dos motocicletas eléctricas!

Me vuelvo hacia ella.

—Podías haberlo dicho antes —me quejo.

—Hombre, creí que lo sabías... Me pareció que debías conocer los pertrechos que hay a bordo.

—Yo me concentré en el pilotaje —respondo—. En cuanto al resto de la nave, me bastó con saber que había agua, provisiones y armas y los lugares donde estaban guardadas. Di por sentado que el encargado de equiparnos lo haría a conciencia. Me vuelvo hacia la nave. —Vigila —recomiendo. —Descuida, Jack.

* * *

Las motocicletas están en el suelo, descargadas por medio de una eslinga. Son bastante ligeras, pese a su relativo volumen, de ruedas muy anchas y con picos en la llanta, de modo que puedan moverse por cualquier terreno. La diminuta batería que da fuerza a su motor alberga la suficiente cantidad de electricidad para recorrer quinientos kilómetros antes de que sea necesario proceder a la recarga. En el centro del manillar, un amperímetro señala la tensión de la batería, lo que indica al conductor, aparte del registrador de kilómetros recorridos, el momento de volver a la nave para recargar.

Los fusiles quedan terciados a la espalda y las mochilas en una especie de rejilla situada sobre la rueda posterior. Cabalgo sobre la motocicleta y doy el contacto. Acelero suavemente y el vehículo se pone en movimiento, de una forma absolutamente silenciosa.

Rodamos despacio; no conocemos el terreno y, pese a su aparente lisura, pueden surgir irregularidades que provoquen el accidente, cosa que hemos de evitar en todo momento. Entramos en el bosque.

Yo marcho en cabeza. Helga me sigue a pocos metros de distancia. Los dos vamos con un mismo propósito: encontrar al ser que nos hizo las señales Morse desde el suelo, cuando nosotros orbitábamos en torno a Zanitzar.

Mil metros más adelante, termina el bosque y salimos a una llanura ligeramente ondulada, por cuyo centro corre un anchuroso río, a unos tres o cuatro kilómetros.

—Tendremos que vadear —grita Helga.

—Lamento contradecirte —exclamo—. ¡Mira!

Quinientos metros más adelante, nos detenemos. Hay un amontonamiento de hierba y ramajes que no parece debido -a la naturaleza.

Salto de la motocicleta y descuelgo el fusil. Helga se aparta a un lado, con el arma prevenida. Yo me acerco al montón de vegetales. Con el cañón, aparto unas cuantas ramas, que despiden un olor especial, no muy agradable. Debajo encuentro un reflector.

—¡Ven! —llamo.

Helga se acerca. Entre los dos, despejamos el terreno.

El reflector queda completamente al descubierto. Al lado hay una batería de carga solar. Pero ni rastro de seres humanos o, por lo menos, inteligentes.

De pronto, Helga lanza una exclamación, a la vez saque señala con la mano uno de los costados del reflector:

—¡Jack, mira!

Hay una placa de cobre aurificado sujeta con dos tornillos. En la placa se puede leer una inscripción de pocas letras: «VICTRIX».

—«Victrix» era el nombre de la nave del capitán Brewster —dice Helga.

Vuelvo la cabeza y miro en todas direcciones.

—Pero a él no se le ve... — y envió su mensaje de peligro en Morse y en un lenguaje terrestre...

De repente, se oye una voz femenina, clara, vibrante:

—¡Quietos o dispararé!

* * *

Helga y yo nos inmovilizamos en el acto. De un hoyo, maravillosamente disimulado con ramas y hierbas, surge una mujer.

Es joven, de formas rotundas, mal cubiertas por unos trozos de piel moteada. El pelo, muy largo y suelto, es de color oscuro, aunque no negro por completo. Los ojos son glaucos, casi amarillos.

En la mano tiene una pistola. Pendiente de su cinturón, en el costado izquierdo, tiene un cuchillo.

—Señora, no queremos hacerle daño —declaro.

Ella nos mira con curiosidad.

—Son monos —exclama.

—Sólo por la figura —dice Helga.

—Es curioso —murmuro—. Habla nuestro idioma.

—Ray me lo enseñó —dice la desconocida.

—¿Ray Brewster?

—Sí.

—¿Dónde está? —pregunta Helga con vehemencia—. Hemos venido a socorrerle...

Ella se echa a reír.

—¿Ustedes? Les han enseñado a manejar una nave y les han hecho aprender unas cuantas frases, ¿verdad?

—Oiga, Jack y yo somos personas tan inteligentes o más que usted —protesta Helga, muy sulfurada.

Extiendo una mano.

—Calma —aconsejo—. Esta hermosa dama conoce a Ray, lo cual significa

que el capitán Brewster no murió al atravesar la barrera de la luz. Señora, yo soy, pese a mi figura, el profesor Ward. Mi acompañante es la doctora Rhinner.

La desconocida nos mira con curiosidad.

—Ray me enseñó libros, grabados, películas... Así pude conocer a todos los animales de su planeta..., pero él nunca me dijo que los monos pudieran hablar y menos que fuesen inteligentes, como nosotros.

—Señora, ante todo, por favor, díganos: ¿Vive el capitán Brewster?

—Sí.

—¿Dónde está?

Ella vacila.

—Ustedes han venido en la nave...

—Y captamos las señales en Morse que alguien nos hizo desde la superficie de Zanitzar —declaro.

—Fui yo. —Tras una leve pausa, la desconocida añade—: Me llamo Thiona.

—Aún no nos ha dicho dónde está Ray —tercia Helga.

El bello rostro de la joven se entristece.

—Está muy mal —dice—. Hace más de un año que permanece inconsciente.

—¿Cómo? —grito.

—Fue atacado por un elefante-pulpo. Pudo salvar la vida, pero recibió un fortísimo golpe en la cabeza. Si yo no le hubiera atendido, ya habría muerto.

Helga adelanta un paso.

—Llévenos a él, Thiona —pide.

La joven vuelve a vacilar.

—No... no quisiera que le hicieran daño...

—Hemos venido a rescatarle —digo—. En la Tierra se temía que Ray hubiese muerto; por eso nos enviaron a nosotros... bajo esta figura de gorila...

—Está ahí —dice.

Yo me acerco al hoyo de donde ha salido ella. El diámetro es de dos metros y hay una rústica escalera que permite el descenso hasta unos siete u ocho metros de profundidad.

—Es el sitio más seguro para defenderse contra los elefantes-pulpos —añade Thiona—. Además, nos protegemos con ramas de este árbol, cuyo olor les repele.

—Sí, ahora comprendo ese olor —digo.

—Thiona, yo soy médico —interviene Helga.

Ella nos mira con ojos de esperanza.

—Podrá curarlo —exclama.

—Haré lo que pueda. —Helga se vuelve hacia mí—. Jack, quédate vigilando; voy a examinar a Ray.

—De acuerdo.

Helga y Thiona descienden al agujero. Yo me quedo fuera, envuelto por el silencio que reina en aquel planeta.

De pronto, a lo lejos oigo unos trompeteos. Preparo el fusil, pero los elefantes-pulpo no se dejan ver.

Transcurren algunos minutos. Helga y Thiona vuelven de nuevo a la superficie.

Las miro. Helga mueve la cabeza.

—Va a resultar muy difícil —manifiesta.

—¿No tiene cura? —pregunto.

—En alguna parte del cráneo, hay un pequeño coagulo de sangre que presiona sobre su cerebro. Si no es por medio de una trepanación, no veo forma de devolverle a la vida.

CAPITULO VIII

Hemos construido una camilla, que colocamos transversalmente, sujeta a las dos motocicletas, a fin de asegurar un cómodo transporte del herido a la astronave. Yo me pregunto si los dedos de Helga sabrán manejar ahora el bisturí tan bien como lo hacía cuando tenía forma humana.

Nuestros cuerpos, pienso de pronto... Los acontecimientos me habían hecho olvidar que mi figura simiesca es ya irreversible. Procuro apartar de mi mente tan lúgubres ideas. Es algo que ya no tiene remedio.

Arrancamos. Thiona trota a nuestro lado. Es bella, fuerte, pero también esbelta... una espléndida mujer.

Y enamorada de Brewster, según he podido deducir.

Thiona confía ya en nosotros. Le hemos explicado sucintamente los motivos de nuestro aspecto de grandes simios. De repente, se me ocurre que debo preguntarle algo.

—Thiona —llamo.

—Dime, Jack —contesta ella, volviéndose hacia mí.

—Ray vino en una astronave. ¿Dónde está la «Victrix»?

—Hay un océano al otro lado de las colinas. Se hundió allí con todos sus ocupantes.

—¿Cómo? ¿Le quitaron la nave?

Parece que Thiona no tiene ganas de hablar más del asunto. Es igual; poco a poco, le arrancaré el relato de lo sucedido.

Mientras trota, Thiona mueve constantemente una gran rama de ese árbol cuyo olor repele a los elefantes-pulpo. Thiona dice que ese olor llega a gran distancia y que por eso las fieras no nos atacan. De todos modos, yo confío más en mi fusil de 25 mm de calibre.

Llegamos a la nave. Yo me ocupo de manejar la eslinga. Ray, en su camilla, es izado hasta la compuerta. Helga me hace llevarlo luego a una de las cámaras.

—Empezaré los análisis de inmediato —dice.

—Pero no tienes rayos X para localizar el coágulo...

—Creo haberte oído decir que no te preocupaste en absoluto del equipo de la nave, Jack —me recuerda, irónica.

—La verdad, yo nunca imaginé...

—Había que pensar en todo. ¡Thiona!

—Dime —contesta la joven.

—Tenemos que bañar a Ray. Tú me ayudarás.

—Sí, lo que ordenes.

—Jack, ven conmigo al almacén de medicinas. Tienes que preparar algunas cosas, mientras Thiona y yo aseamos al paciente.

Helga ha tomado el mando y yo no rechisto. En pocos minutos me impone de mis obligaciones. Mientras trabajo activamente, me pregunto si podrá desenvolverse sola en la trepanación que ha estimado indispensable para reanimar al capitán Brewster.

* * *

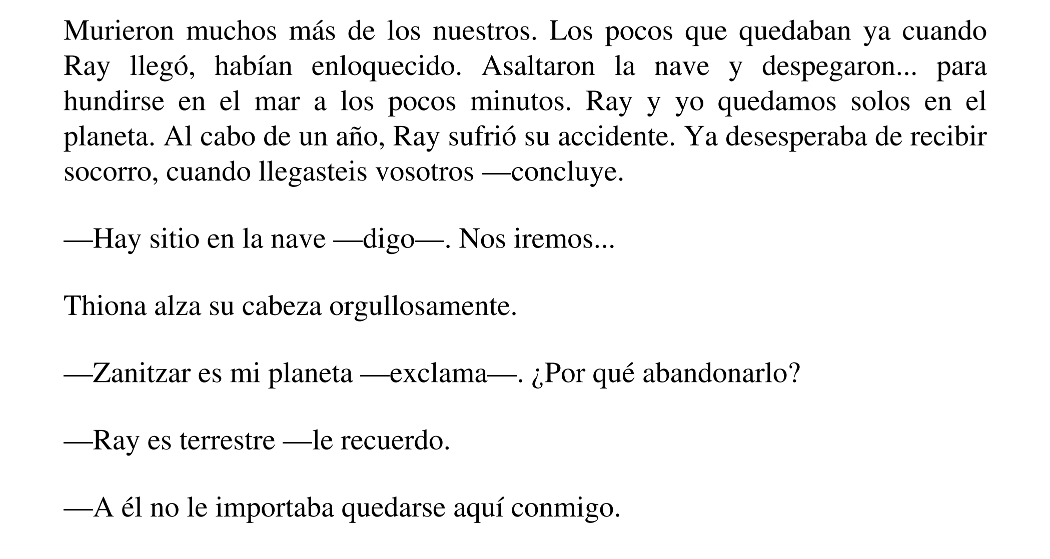
Brewster ha sido bañado y su cuerpo está limpio. Helga realiza sus análisis en un pequeño laboratorio que ella misma ha montado en una de las cámaras. Yo he servido de comer a Thiona.

Al cabo de un rato, ella empieza a hablar por sí sola:

—Nuestra población había ido disminuyendo desde hacía muchísimos años, sin que se conocieran exactamente las causas. Los más destacados científicos habían ideado mil planes para evitar la catástrofe, pero sin resultado, incluyendo las llamadas al espacio exterior. Un día, hará quince años, aparecieron los primeros elefantes-pulpo.

«Nadie sabe cómo llegaron a Zanitzar. Yo tenía entonces unos ocho años. Son unos animales extraordinariamente voraces y se reproducen con gran rapidez, aparte de que son tremendamente prolíficos. La gestación dura unos siete meses y cada hembra alumbra de seis a diez crías... que a los dos años escasos, son adultos ya y están en condiciones de reproducirse.

»La lucha contra esas bestias resultó inútil. Nacían más de las que conseguíamos matar. En pocos años, Zanitzar quedó literalmente invadido.



Murieron muchos más de los nuestros. Los pocos que quedaban ya cuando Ray llegó, habían enloquecido. Asaltaron la nave y despegaron... para hundirse en el mar a los pocos minutos. Ray y yo quedamos solos en el planeta. Al cabo de un año, Ray sufrió su accidente. Ya desesperaba de recibir socorro, cuando llegasteis vosotros —concluye.

—Hay sitio en la nave —digo—. Nos iremos...

Thiona alza su cabeza orgullosamente.

—Zanitzar es mi planeta —exclama—. ¿Por qué abandonarlo?

—Ray es terrestre —le recuerdo.

—A él no le importaba quedarse aquí conmigo.

—Salvo los elefantes-pulpo, que os hacían la vida imposible.

Thiona se muerde los labios.

—Si pudiéramos exterminar la plaga.,.

—Temo que no tendrás otro remedio que viajar a la Tierra —le digo—. Por mucho que te duela abandonar Zanitzar, aquí ya no se podrá vivir.

Ella asiente. Hay lágrimas en sus ojos.

—Sí, creo que tienes razón —contesta—. De todos modos, lo que me importa realmente es que Ray vuelva a la vida.

—Helga lo conseguirá —afirmo.

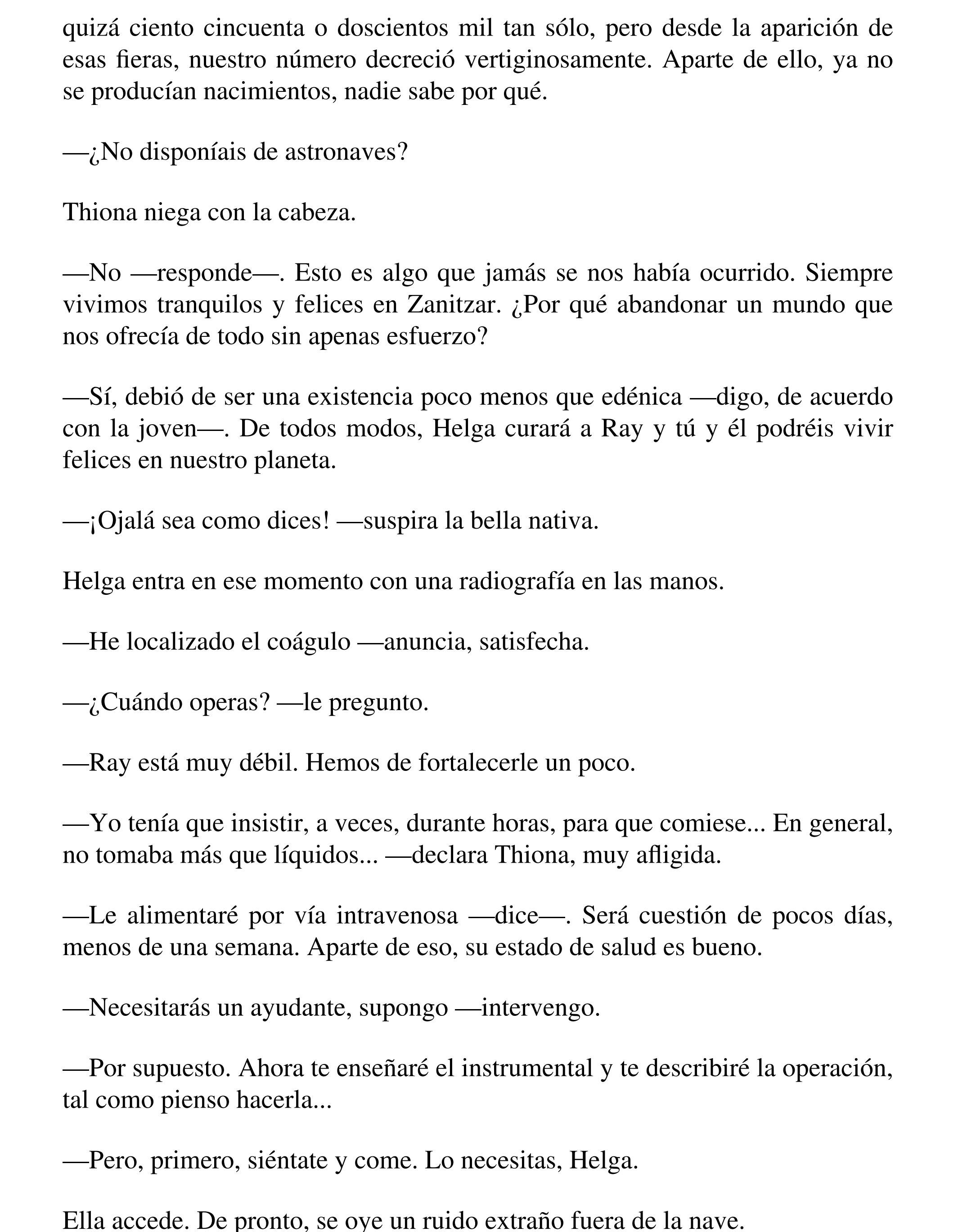
Thiona empieza a sentirse mejor.

—De modo que no sabes cómo aparecieron los elefantes-pulpo en Zanitzar —le digo, tras una corta pausa.

—No, nadie ha conseguido explicárselo jamás. Esas bestias no son originarias de este planeta. Aparecieron un buen día, de la noche a la mañana, es todo lo que sé.

—Un hecho muy extraño —califico—. De todos modos, Helga y yo hemos chocado con algunos de ellos y les hemos puesto en fuga. Pero, claro está, si son "tantos como dices...

—Una verdadera plaga, cientos de miles. Nosotros éramos ya muy pocos,



quizá ciento cincuenta o doscientos mil tan sólo, pero desde la aparición de esas fieras, nuestro número decreció vertiginosamente. Aparte de ello, ya no se producían nacimientos, nadie sabe por qué.

—¿No disponíais de astronaves?

Thiona niega con la cabeza.

—No —responde—. Esto es algo que jamás se nos había ocurrido. Siempre vivimos tranquilos y felices en Zanitzar. ¿Por qué abandonar un mundo que nos ofrecía de todo sin apenas esfuerzo?

—Sí, debió de ser una existencia poco menos que edénica —digo, de acuerdo con la joven—. De todos modos, Helga curará a Ray y tú y él podréis vivir felices en nuestro planeta.

—¡Ojalá sea como dices! —suspira la bella nativa.

Helga entra en ese momento con una radiografía en las manos.

—He localizado el coágulo —anuncia, satisfecha.

—¿Cuándo operas? —le pregunto.

—Ray está muy débil. Hemos de fortalecerle un poco.

—Yo tenía que insistir, a veces, durante horas, para que comiese... En general, no tomaba más que líquidos... —declara Thiona, muy afligida.

—Le alimentaré por vía intravenosa —dice—. Será cuestión de pocos días, menos de una semana. Aparte de eso, su estado de salud es bueno.

—Necesitarás un ayudante, supongo —intervengo.

—Por supuesto. Ahora te enseñaré el instrumental y te describiré la operación, tal como pienso hacerla...

—Pero, primero, siéntate y come. Lo necesitas, Helga.

Ella accede. De pronto, se oye un ruido extraño fuera de la nave.

Me precipito hacia una de las ventanas. Mi vello simiesco se pone de punta.

—¡Elefantes-pulpo! —grito.

Ellas corren a mi lado. Lanzan exclamaciones de terror.

Yo me siento consternado. La nave está completamente cercada por miles y miles de esas horribles bestias, cuyos tentáculos se agitan ominosamente.

Uno o dos o veinte incluso, no conseguirían nada. Pero, ¿qué sucederá si todos ellos se precipitan a la vez contra la «Supralux»?

Disparar los fusiles no serviría de gran cosa. Mataríamos algunas docenas, pero todavía quedarían los suficientes para hacernos pedazos.

De pronto, se me ocurre una idea.

La rama que Thiona agitaba durante nuestro viaje está todavía en la compuerta. Es grande y tiene numerosas hojas.

Corro hacia la compuerta. Agarro la rama y arranco una hoja, que dejo caer revoloteando en el aire, desde unos treinta metros de altura.

¿Conseguiré algo?

Un espantoso trompeteo es la respuesta a mi gesto. Pero las fieras retroceden, visiblemente afectadas por el olor que se desprende de esa planta y que, me imagino, ellas deben percibir con una intensidad muy superior a la que nosotros captamos al olería.

Dos o tres hojas más provocan la desbandada de los elefantes-pulpo. A los pocos minutos, la llanura queda desierta.

Respiro aliviado. En la rama quedan todavía hojas suficientes para resistir el asedio durante muchos días.

—Y si hacen falta más, podemos salir a buscar otras ramas —añade Thiona, a mi lado.

* * *

La cabeza de Brewster ha sido rasurada meticulosamente. Helga inyecta un anestésico local en el cuero cabelludo. A los pocos minutos, mete el bisturí.

Separa los colgajos de piel. Yo contengo las ligeras hemorragias por medio de pinzas. El hueso parietal queda al descubierto.

Helga y yo actuamos solos. Thiona aguarda en una cámara contigua; no hemos querido que presencie la operación.

El trépano gira, perfora el hueso. Una minúscula aspiradora recoge las minúsculas partículas de hueso. Luego, Helga introduce una sierra. El metal

muerde sin dificultad. A los pocos minutos, Helga separa un trozo de hueso de seis por cuatro, veinticuatro centímetros cuadrados en total. Rasga las meninges con otro bisturí. El cerebro aparece al descubierto.

Es curioso, basta la anestesia local. El cerebro, donde se originan todos los nervios, que captan el dolor de las heridas, no siente el menor dolor.

Puedo ver el coágulo de sangre. Es una especie de glóbulo ovalado de unos dos centímetros de largo por uno de ancho y otro tanto de diámetro. Helga lo separa con un bisturí y lo aparta por medio de unas pinzas. Casi inmediatamente, la respiración del paciente se hace más normal y fuerte.

—Hemos triunfado —dice Helga, a través de la máscara aséptica.

Cose las meninges. Luego viene lo más difícil, colocar en su sitio el pedazo de- hueso, que debe asegurar por medio de unas grapas metálicas, situadas en los orificios que ha practicado previamente y que tienen un diámetro apenas superior a la décima de milímetro.

El hueso crecerá por sí solo y se unirá al resto del cráneo. Helga sutura ya los colgajos de cuero cabelludo. Más adelante, será preciso levantarlo de nuevo, para retirar las grapas metálicas, pero eso se hará cuando el hueso esté ya consolidado.

Limpia la sangre, desinfecta, venda...

—Pulso y respiración normales —anuncia.

—Diablos, me pica —se queja el paciente,

Helga se echa a reír.

—¿Dónde, capitán? —pregunta.

—La cabeza... Debo lavármela...

Brewster ha abierto los ojos.

—Me he emborrachado —dice—. Veo monos.

—Sí, somos monos —confirma Helga, mientras sostiene con las manos en alto una jeringuilla de inyecciones—. Pero ahora debe dormir, capitán.

—Acabo de despertarme...

—Tiene que dormir —insiste la doctora.

Y le clava la jeringuilla en el brazo izquierdo.

* * *

—¿Por qué no regresamos? —pregunta Brewster.

Está muy recuperado. Tiene plena conciencia y se alimenta con normalidad. La operación ha resultado un éxito.

Helga le está tomando el pulso. Cuando termina la observación, dice:

—Es preciso que se consolide el hueso, lo cual tardará algunas semanas todavía. No podemos exponerte a los efectos de la aceleración todavía. Cuando la observación radioscópica indique una perfecta soldadura del hueso, tendré que levantar de nuevo el cuero cabelludo para quitar las grapas de sujeción. Entonces podrás moverte con normalidad.

Brewster suspira.

—Sí, doctora —dice, pero con buen humor.

Nos mira de pies a cabeza.

—Si me lo hubieran anunciado, no lo habría creído jamás —añade.

—Tuvimos que hacerlo —contesta Helga—. Nosotros pensábamos que estabas muerto. Se estimó que sólo un cuerpo de gorila podría resistir la aceleración.

—Pero, ¿por qué diablos pensaban que yo tenía que haber muerto?

—Cesaron tus llamadas de radio —digo yo.

—¡Claro, tenía que ser así! Las ondas de radio se desplazan a la velocidad de la luz y yo la había rebasado ya...

—Eso lo sabíamos, por supuesto —declara Helga—. Pero había pasado ya un año y no teníamos noticias tuyas.

—No pude enviarlas. La sublevación se produjo a las pocas semanas de mi llegada —explica Brewster—. Apenas si había tenido tiempo de realizar algunas exploraciones... Thiona y yo nos quedamos solos en Zanitzar.

—Y no pensabais que alguien podría venir a rescataros —le digo.

—Hombre, la esperanza nunca nos abandonó... Por eso tenía en el suelo el

reflector y un pequeño radar, que fue el que captó vuestra presencia. Pero en realidad, los había sacado de la nave apenas tomé tierra y conocí lo que sucedía en este planeta.

—¿Qué es lo que quieres decir, Ray?

Brewster mira hacia la puerta. Thiona no está con nosotros ahora.

—Muchachos, lo que ha pasado en Zanitzar no es accidental, sino deliberado. Alguien provocó la hecatombe, para dejar desierto el planeta —murmura.

—¿Qué? —exclama Helga.

—Encontré rastros del aterrizaje de una nave espacial a unos treinta kilómetros hacia el Sur. Los nativos no sabían nada, pero tampoco quisieron hacerme caso. En realidad, estaban aterrorizados. Yo quise prevenirme..., pero de poco me sirvió. —Brewster se toca la cabeza vendada, con una mano—. Aquel maldito elefante-pulpo me golpeó bien. Y gracias que el golpe fue de refilón; de lo contrario, no podría contarlo ahora.

Entonces, se me ocurre una idea.

—Ray, has dicho que viste rastros de otra nave a unos treinta kilómetros —dijo.

—Hacía el sur —insiste Brewster.

Miro a Helga.

—Iré a investigar —decido.

—Te acompañaré...

—No, tú tienes que cuidar de Ray.

—Yo iré contigo, Jack —exclama Thiona desde la puerta.

Ha oído nuestras últimas frases, no cabe duda.

—Pero mañana —puntualizo—. Tengo que enseñarte a manejar el fusil de caza y la moto eléctrica.

—De acuerdo.

—Cuídamela bien, Jack —pide Brewster.

Me vuelvo hacia él.

—Eres un hombre afortunado —sonrío—. Con sonrisa de gorila, claro.

CAPITULO IX

Nuestro sol, Próxima, no ha salido todavía cuando ya las motocicletas eléctricas se ponen en marcha. Llevamos, además de las armas, un pequeño transmisor de radio y un par de cámaras registradoras de imágenes, fijas y en movimiento.

La temperatura es agradable. Thiona ha abandonado su antiguo indumento y ahora viste un traje de una sola pieza, corto de mangas y de perneras. Tiene el cabello sujeto por una cinta. Está preciosa. Se comprende que Ray haya enloquecido por ella.

Tener al lado a una hermosa mujer es algo que ya me está vedado eternamente, suspiro. No me queda otro recurso que la resignación.

Viviré siempre en mi cuerpo de simio. No sé lo que haré cuando regrese a la Tierra. Es probable que me aleje de Helga.

Rodamos a buena velocidad. De cuando en cuando, escuchamos trompetazos. Pero los elefantes-pulpo no se dejan ver.

Parece como si nos temieran. Mejor así.

Las motocicletas son anfibias. Un ingenioso dispositivo hincha dos globos, a ambos lados, lo que les permite flotar en las aguas del río, muy ancho y de mansa corriente. La rueda posterior sigue moviéndose; tiene en los radios unas diminutas paletas que facilitan la propulsión en el agua. A los pocos minutos, remontamos la orilla opuesta y continuamos la marcha.

Una hora más tarde, vemos ruinas.

—Nuestra ciudad —dice Thiona tristemente.

Paro la máquina. Preparo las cámaras. No puedo olvidar que, a fin de cuentas, soy un arqueólogo.

Y cuando tenía mi cuerpo humano, era un arqueólogo reputado.

Durante largo rato, tomo fotografías y filmo películas, buscando siempre los lugares más interesantes. En otro momento, pienso, vendré para cargar con restos arqueológicos y llevarlos a la Tierra.

Luego continuamos la marcha. Veinte minutos después, descendemos a un profundo valle. Thiona señala un punto con la mano.

—Allí, Jack.

Paro la motocicleta y me apeo. Hay una extraña construcción de madera, en forma de torre, no muy alta y casi cubierta de ramaje. En uno de sus costados veo una puerta.

Abro. Dentro hay lo que parece una antena de radar. Quizá sirva también para enviar señales de radio.

—Esto lo dejaron los extraños —dice Thiona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Ray me lo dijo. Los aparatos no pertenecían a su nave.

Contemplo unos momentos aquellos extraños artefactos. Seguramente, envían señales de la presencia de seres humanos a... ¿Adónde?

Ray también me ha comunicado sus sospechas. Yo me siento plenamente de acuerdo con sus manifestaciones.

Retrocedo unos pasos.

—Apártate, Thiona —ordeno.

Ella obedece. Cargo el fusil. Disparo diez proyectiles explosivos.

Los aparatos vuelan hechos trizas. Un fogonazo prende fuego a las maderas de la torre, que empieza a arder. Los invasores de Zanitzar ya no recibirán más informes del planeta.

—Regresemos —dispongo.

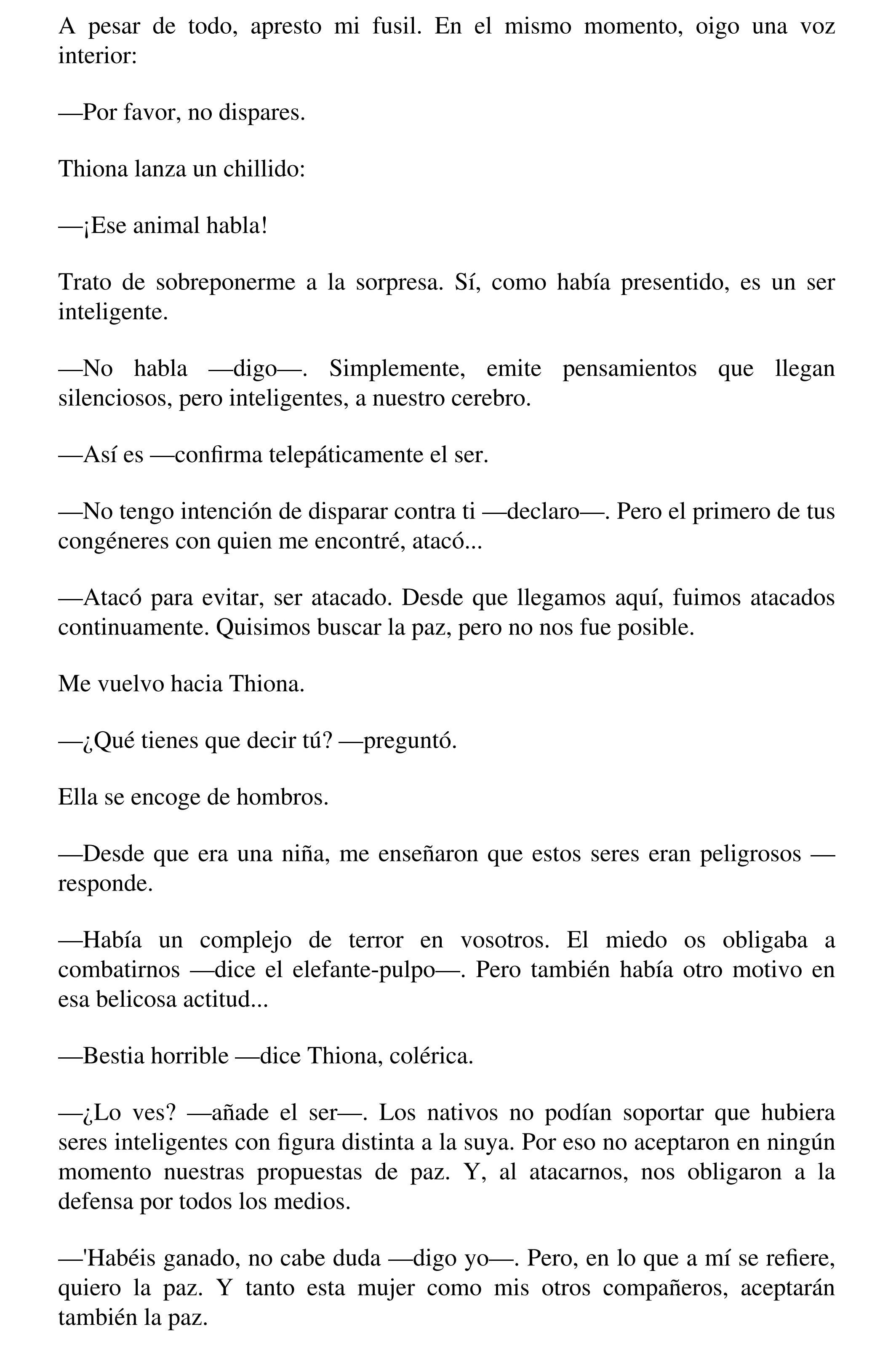
—Sí —contesta ella.

Me vuelvo hacia mi vehículo. Entonces, veo al elefante-pulpo, parado a treinta metros de distancia.

* * *

Es enorme, gigantesco, el mayor de todos, seguramente. Por lo menos tiene una altura de nueve metros, de las pezuñas a la cruz.

Está quieto, mirándonos con sus dos grandes, ojos globulares. Pero, no sé por qué, presiento pacifismo en su actitud.



A pesar de todo, apresto mi fusil. En el mismo momento, oigo una voz interior:

—Por favor, no dispares.

Thiona lanza un chillido:

—¡Ese animal habla!

Trato de sobreponerme a la sorpresa. Sí, como había presentido, es un ser inteligente.

—No habla —digo—. Simplemente, emite pensamientos que llegan silenciosos, pero inteligentes, a nuestro cerebro.

—Así es —confirma telepáticamente el ser.

—No tengo intención de disparar contra ti —declaro—. Pero el primero de tus congéneres con quien me encontré, atacó...

—Atacó para evitar, ser atacado. Desde que llegamos aquí, fuimos atacados continuamente. Quisimos buscar la paz, pero no nos fue posible.

Me vuelvo hacia Thiona.

—¿Qué tienes que decir tú? —preguntó.

Ella se encoge de hombros.

—Desde que era una niña, me enseñaron que estos seres eran peligrosos —responde.

—Había un complejo de terror en vosotros. El miedo os obligaba a combatirnos —dice el elefante-pulpo—. Pero también había otro motivo en esa belicosa actitud...

—Bestia horrible —dice Thiona, colérica.

—¿Lo ves? —añade el ser—. Los nativos no podían soportar que hubiera seres inteligentes con figura distinta a la suya. Por eso no aceptaron en ningún momento nuestras propuestas de paz. Y, al atacarnos, nos obligaron a la defensa por todos los medios.

—'Habéis ganado, no cabe duda —digo yo—. Pero, en lo que a mí se refiere, quiero la paz. Y tanto esta mujer como mis otros compañeros, aceptarán también la paz.

—Me alegro de haber encontrado un ser inteligente, bueno y comprensivo. Habrá paz, os lo garantizo.

Lanzo un suspiro de alivio.

—Thiona, tendrás que empezar a acostumbrarte a estos seres —digo a la joven.

—Si no hay otro remedio...

—La figura no cuenta; lo que importa es la inteligencia —declaro—. ¿Cómo puedo llamarte? —pregunto al elefante-pulpo.

—Dekh —responde—. Si me necesitas, emite una llamada mental; la captaré, dondequiera que esté.

—Conforme, pero aguarda un momento. ¿Qué efectos tienen sobre vosotros esas hojas de árbol que tienen un olor tan especial?

—Nos desagradan. Además, causan la esterilidad y eso no nos conviene, al menos por ahora. Pero si hay paz, nosotros mismos reduciremos la proporción de nacimientos. Ahora nos reproducíamos con mucha rapidez, por simples motivos de seguridad.

—Sí, necesitabais combatientes —admito—. De modo que ese árbol de olor tan extraño produce esterilidad...

—Por eso aquí no nacían ya humanos —responde

Dekh.

Y añade todavía unas cuantas frases que aclaran por completo el problema.

De pronto, avanzo hacia él y alargo mi mano. Uno de los tentáculos de Dekh se mueve suavemente. Estrecho la punta. Ondas placenteras llegan a mi cerebro.

—Amigos y en paz —digo.

—Amigos y en paz —repite Dekh.

Helga y Brewster han escuchado mi relato, sorprendidos y maravillados a un tiempo.

—¿Quién lo dijera? —exclama Ray, cuando termino de hablar.

—De modo que esos árboles fueron plantados por alguien, con el propósito de conseguir que Zanitzar quedase deshabitado —dice Helga.

—Y, además, trajeron unas cuantas parejas de elefantes-pulpo, engañándoles con el pretexto de que Zanitzar sería un mundo ideal para ellos —añado—. Sabían lo que iba a suceder y quisieron acelerar la despoblación de este planeta por medios más violentos que una simple esterilidad de las parejas humanas.

—Pero tú has cambiado la situación radicalmente —dice Brewster.

—Eso creo. De todos modos, no podremos hablar de un cambio total de situación, hasta que lleguen,

Helga respinga.

—¿Cómo? ¿Van a venir? —pregunta.

—Estoy seguro de que recibían señales regulares desde la emisora destruida. Al notar la falta de esas señales, alguien vendrá a investigar. Es más, sospecho que por alguna parte tiene que haber más emisoras. Pero cuando una sola de ellas deje de emitir, los observadores lanzarán la alarma.

—Y enviarán...

—No sabemos cuántos vendrán; lo que sí estimo seguro es que llegarán dispuestos a todo.

—Podemos marcharnos —sugiere Thiona.

Muevo la cabeza negativamente.

—Debemos quedarnos. Primero, por Ray; segundo, por Dekh y su pueblo.

—¿Es que ellos no saben defenderse? Causaron estragos en nosotros.

—Quizá los otros tienen armas muy poderosas, que les permiten combatir rápida y devastadoramente a los elefantes-pulpo —alego.

—Es lo más probable —concuerda Helga—. Pero, en tal caso, ¿cómo vamos a combatirlos nosotros, sólo con un par de fusiles y unas pistolas?

Vuelvo mis ojos simiescos hacia Brewster.

—Ray, tú eres experto en radiocomunicaciones, además de otras cosas — digo.

—Sí, desde luego.

—No hace falta que te muevas de la cama, aunque puedes trazar diagramas. Yo te daré la idea, tú la desarrollarás y nosotros la pondremos en práctica, ¿estamos?

—De acuerdo. Empieza a hablar, Jack,

* * *

Hemos trabajado afanosamente durante días. Yo he tenido que subir a lo más alto de la nave. Menos mal que de algo ha de servirme tener cuatro manos y, como es lógico, agilidad de antropoide.

Pero Brewster supo comprenderme bien y desarrolló los diagramas satisfactoriamente. Después, bastó con ejecutar la idea.

Los días pasan tranquilamente. Han transcurrido ya cuatro semanas desde la operación.

Helga practica unas radiografías al paciente.

—Una semana más y te quitaré las grapas —dice, cuando termina de examinar las placas.

—Tengo ganas de correr por la hierba —ríe Brewster.

—Pero no solo —añado yo, malicioso.

Thiona se sonroja. Helga se marcha bruscamente.

Ray y Thiona tendrán lo que a nosotros nos está vedado para siempre: amor.

A los siete días, me aplico a afeitar de nuevo el cráneo de Brewster. Helga pone la anestesia parcial. Luego empieza a cortar.

El hueso queda al descubierto. Limpia la sangre, se ve que la unión se ha efectuado sin problemas. Ahora ya sólo falta quitar las grapas. Esta misma tarde, Brewster podrá dar los primeros pasos.

De pronto, se oye un fuerte campanilleo en la cámara de mando. Helga y yo cruzamos una mirada.

—Vete —ordena ella—. Yo terminaré la operación.

Salgo del quirófano. Casi me tropiezo con Thiona.

—Ya están ahí —exclama, muy asustada.

—No temas —digo.

Corremos hacia la cámara de mando. En la pantalla de televisión se ve una nave que desciende de las alturas.

Es enorme, colosal.

Por grabados antiguos conozco cómo eran los grandes transatlánticos en la Tierra. Bien, la nave que llega tiene, al menos, una longitud cuatro veces superior al de uno de aquellos grandes barcos.

Esa astronave puede transportar cien mil personas sin la menor dificultad. ¿Servirá de algo el aparato que yo ideé y que Ray diseñó para que nosotros pudiéramos construirlo?

Pronto saldremos de dudas.

CAPITULO X

Al lado de la enorme astronave que acaba de tomar tierra, la nuestra parece un juguetito. Así, a ojo, calculo que mide unos mil cuatrocientos metros de largo por seiscientos de diámetro.

Es de forma cilíndrica, rematada en semiesferas. Su mole abruma.

Está a unos doscientos pasos de nosotros. No se ven lucernas en sus flancos. Quizá están cubiertas o hay partea del metal que son transparentes.

De pronto, se abre una enorme escotilla de casi diez metros de altura por la mitad de ancho, a unos cuarenta metros del suelo. Una gruesa plancha aparece y va deslizándose hasta apoyarse en la tierra. Podemos ver que no tiene peldaños, pero sí una especie de cinta deslizante, que se mueve a pequeña velocidad.

Entonces aparece el primer invasor.

Me quedo con la boca abierta.

Es un gigante. Cuatro metros de altura, por lo menos.

La cinta lo lleva al suelo. Y detrás sale otro y otro y otro... Van armados con unos extraños fusiles, que más parecen arqueológicas piezas de artillería. Su actitud no puede ser más belicosa.

Han divisado nuestra nave. Alguien da una orden.

Cien de aquellos invasores forman una triple hilera. Nos apuntan con sus fusiles.

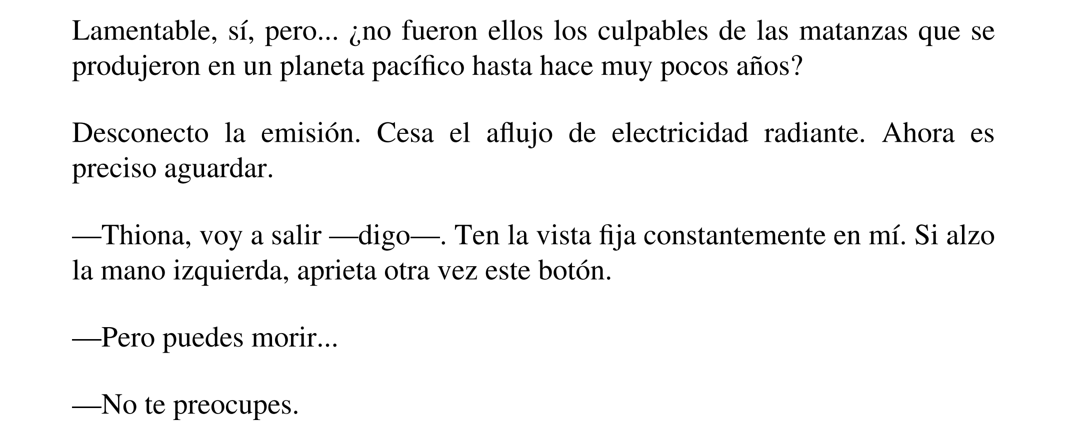
Entonces, yo pulso un botón.

Y sucede algo espantoso.

Thiona chilla. Los gigantes sueltan las armas, caen, se revuelcan por tierra, se agitan epilépticamente; sus miembros se contorsionan de una forma antinatural...

Más guerreros salen de la astronave, sólo para correr la misma suerte de sus compañeros. Muchos han quedado ya inmóviles.

Es una hecatombe.



Lamentable, sí, pero... ¿no fueron ellos los culpables de las matanzas que se produjeron en un planeta pacífico hasta hace muy pocos años?

Desconecto la emisión. Cesa el aflujo de electricidad radiante. Ahora es preciso aguardar.

—Thiona, voy a salir —digo—. Ten la vista fija constantemente en mí. Si alzo la mano izquierda, aprieta otra vez este botón.

—Pero puedes morir...

—No te preocupes.

Voy hacia la escotilla y desciendo al suelo. A los pocos momentos, aparece un gigante,

—¡Fuera de aquí! —grito.

El individuo me mira estupefacto.

—-No os queremos más en Zanitzar —agregó—. Volved a vuestro planeta. Cada vez que vengáis aquí, sufriréis una derrota aplastante.

Los ojos del gigante contemplan los retorcidos cuerpos de sus compañeros. Hay casi doscientos muertos.

Está aterrado, lo veo en su cara. No comprende lo que ha pasado, pero sabe que disponemos de un arma poderosa, irresistible.

De pronto, veo aparecer a Dekh.

Y no viene solo.

Cientos, miles de elefantes-pulpo le siguen, atestando la llanura con sus inmensos corpachones.

—Marchaos de aquí —dice Dekh—. Ya nos engañasteis una vez; no sucederá más. Zanitzar no es para unos hombres codiciosos y sin escrúpulos; aquí' sólo pueden vivir los seres que desean la paz por encima de todo.

El gigante no contesta. Se le ve abrumado. Había contado con una victoria fácil, sin problemas y, de repente, se encuentra con la catástrofe.

—Al menos, me dejaréis llevarme a los muertos —habla por primera vez.

Hago un gesto de asentimiento. A los pocos momentos, la cinta

transportadora, invertido su movimiento de deslizamiento, empieza a embarcar los muertos.

Una hora más tarde, Zanitzar queda limpio de enemigos.

Me acerco a Dekh.

—Hola, amigo —sonrió.

Dekh alarga un tentáculo. Se lo estrecho afectuosamente.

—Hasta la vista, amigo —se despide.

Los elefantes-pulpo vuelven grupas. Yo regreso a la astronave.

Helga me recibe en la escotilla.

—Has estado magnífico —dice.

Pongo una mano en su hombro.

—¡Ha resultado fácil —contestó—. ¿Qué tal, Ray?

—Está bien. Dentro de unos días tendrá completamente cicatrizada la piel del cráneo.

—Entonces, podremos volver a la Tierra.

Helga desvía la mirada.

—¿Para qué, Jack? —murmura.

—Hay que darle su merecido a un granuja que destruyó nuestros cuerpos humanos —digo.

—¿Servirá eso de algo para recuperarlos?

—Existe la posibilidad de un nuevo trasplante...

Ella mueve la cabeza.

—Eso es algo en lo que no debemos confiar —responde—. Créeme, Jack; si no fuese porque Brewster quiere volver, a mí no me importaría quedarme aquí, aunque fuese sola.

—Tú vendrás conmigo —afirmo, rotundo—. Una vez allí..., ya veremos lo

que se hace.

Doy un paso hacia la nave.

—Voy a ver a Ray —añado.

—Déjalo, está durmiendo. Me ha parecido prudente darle un sedante.

—Está bien.

* * *

Han pasado algunos días. Las heridas de la operación cicatrizan con rapidez. Helga toma un par de radiografías más. Brewster se encuentra perfectamente. Ya no lleva vendas en torno al cráneo.

—Partiremos dentro de tres días —dispongo.

No hay objeciones. Yo me acuerdo entonces de una cosa.

—Ray, ¿dónde abundan más esos árboles cuyo olor repele a los elefantes-pulpo? —pregunto.

—Hacia el Sur, antes de llegar al río —contesta Brewster.

—Gracias.

Voy al depósito de pertrechos de la nave y separo un artefacto dotado de una mochila con dos botellas, manguera y válvula de salida. Me lo cargo a la espalda y voy hacia la compuerta.

Helga parece adivinar mis intenciones.

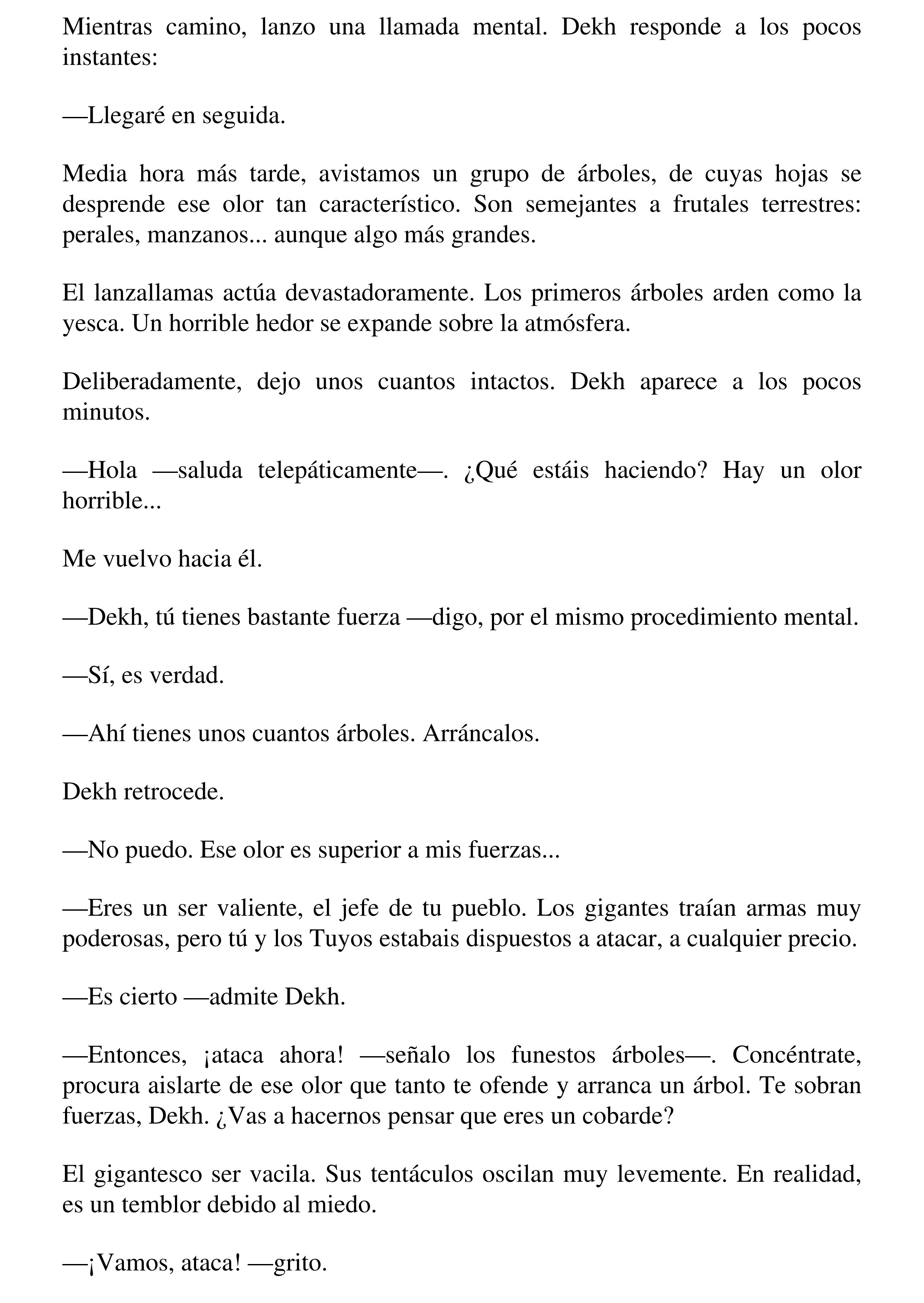
—Voy contigo —dice.

Brewster y Thiona están ya en el suelo. Caminan sobre el césped, muy juntos, estrechamente enlazados. De cuando en cuando, cambian un beso.

Desaparecen al otro lado de un bosquecillo de arbustos. Mis mandíbulas se contraen.

Eso es algo que ya nos está prohibido a Helga y a mí. Vuelvo la cabeza. Hay lágrimas en sus ojos antropoides.

—Vamos —digo roncamente.



Mientras camino, lanzo una llamada mental. Dekh responde a los pocos instantes:

—Llegaré en seguida.

Media hora más tarde, avistamos un grupo de árboles, de cuyas hojas se desprende ese olor tan característico. Son semejantes a frutales terrestres: perales, manzanos... aunque algo más grandes.

El lanzallamas actúa devastadoramente. Los primeros árboles arden como la yesca. Un horrible hedor se expande sobre la atmósfera.

Deliberadamente, dejo unos cuantos intactos. Dekh aparece a los pocos minutos.

—Hola —saluda telepáticamente—. ¿Qué estáis haciendo? Hay un olor horrible...

Me vuelvo hacia él.

—Dekh, tú tienes bastante fuerza —digo, por el mismo procedimiento mental.

—Sí, es verdad.

—Ahí tienes unos cuantos árboles. Arráncalos.

Dekh retrocede.

—No puedo. Ese olor es superior a mis fuerzas...

—Eres un ser valiente, el jefe de tu pueblo. Los gigantes traían armas muy poderosas, pero tú y los Tuyos estabais dispuestos a atacar, a cualquier precio.

—Es cierto —admite Dekh.

—Entonces, ¡ataca ahora! —señalo los funestos árboles—. Concéntrate, procura aislarte de ese olor que tanto te ofende y arranca un árbol. Te sobran fuerzas, Dekh. ¿Vas a hacernos pensar que eres un cobarde?

El gigantesco ser vacila. Sus tentáculos oscilan muy levemente. En realidad, es un temblor debido al miedo.

—¡Vamos, ataca! —grito.

Dekh se decide al fin. Varios de sus tentáculos abrazan el tronco del árbol. Forcejea un poco. Se oye un fuerte crujido y, al fin, el árbol es desarraigado y

arrojado a un lado.

Dekh retrocede unos cuantos pasos, tambaleándose.

—Esto es superior a mí —se queja.

—No hace falta que arranques todos los árboles en una sola jornada —digo—. Pero, con un poco de fuerza de voluntad, llegarás a acostumbrarte y extirparás de aquí esa planta maligna. Haz que algunos de los tuyos, los más decididos, te imiten. Por lo que sé, esos árboles sólo crecen en una porción determinada de este planeta.

—Así es —confirma Dekh.

—Esos árboles son dañinos para todos nosotros. Debéis extirparlos. Y, un consejo, Dekh.

—Sí, dime.

—Puede que los gigantes quieran volver. A fin de cuentas, todo lo que hicieron fue para conquistar este planeta. Pero vosotros sois ya varios millares...

—Unos cuatrocientos mil —dice Dekh, orgulloso.

—Cuatrocientos mil mentes como la vuestra, concentradas todas al mismo tiempo en un objetivo, pueden ser un arma irresistible. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Dekh me mira como si se sintiese maravillado de algo que no se le había ocurrido hasta ahora.

—Lo haremos —exclama entusiasmado—. Defenderemos este planeta.

Alargo la mano. Dekh hace ondear uno de sus tentáculos.

—Adiós, amigo —me despido.

Helga también toca su tentáculo. De pronto, Dekh se lanza sobre otro de los árboles y lo arranca de un tirón.

—Vámonos, Helga.

Echamos a -andar.

—Jack, si te lo propusieras, serías el rey de los elefantes-pulpo —dice ella de

buen humor—. Has conquistado por completo el afecto de Dekh.

—Sólo he procurado estimular un poco su amor propio. Ellos se sentían aquí un tanto desplazados. Los trajeron a la fuerza y los zanitzarianos les combatieron sin más, sin molestarse siquiera en conocer sus intenciones.

—Es decir, los gigantes procuraron una guerra, para conseguir ellos los beneficios.

—Así fue, Helga. Pero, en realidad, han perdido esa guerra.

Ella suspira.

—Nosotros hemos perdido también algo muy valioso —dice.

Guardo silencio. Después de lo que acabo de escuchar, las palabras no servirían de nada.

Tres días más tarde, emprendemos el vuelo.

Rebasamos la velocidad de la luz. Nos sumergimos en el no-espacio, en el subuniverso donde nada es y nada existe, donde hasta la luz ha desaparecido.

A bordo de la nave, sin embargo, todo marcha normalmente. Para Brewster y Thiona diríase que es un viaje nupcial.

Hasta me pidieron que les casase, basándose en que

yo era el comandante de la nave.

—No puedo, soy un antropoide —digo. Y añado—: ¿Creéis que una boda, en su aspecto terrenal, puede legalizarla un mono?

—¡Tonterías! —bufa Ray—. La figura no importa; tienes un cerebro humano: ;tu propio cerebro! Y te llamas Jack Ward y sabes firmar y ése será el nombre que conste en el documento.

Miro a Helga. Ella asiente.

—Está bien —accedo—. Voy a casaros.

Brewster y Thiona se convierten en marido y mujer,

Eso es algo que nos está vedado a Helga y a mí.

CAPITULO XI

Rebasamos Saturno. El satélite está a la vista. Pronto aterrizaremos.

El viaje de regreso se ha efectuado con toda normalidad. Ya conocen algunos de sus detalles. Sabemos que en el satélite reina una extraordinaria animación. Los promotores de la operación se sienten terriblemente excitados.

Aterrizamos. Nos reciben poco menos que en triunfo. Hay felicitaciones, abrazos, gritos de júbilo... todo ello en lugares a cubierto, naturalmente. Al fin, sobreviene un poco de calma.

También hay periodistas. Helga, Ray, Thiona y yo somos bombardeados a preguntas. Se nos hacen ofertas increíbles por el relato del viaje y de las aventuras en Zanitzar. El representante de una conocida firma de astilleros de naves espaciales anuncia que su empresa financiará el próximo viaje a Zanitzar.

Poco a poco, la cosa se va normalizando. Brewster y Thiona se dirigen a su alojamiento. Helga y yo, tras largas horas de soportar la curiosidad general, quedamos solos.

¿Solos?

No, hay otra persona en la estancia.

—Hola, monos —sonríe McNall.

—Milton, eres un cerdo —dice Helga.

—Te enamoraste de Jack, ¿no es eso? En tal caso, seguirás amándole, sea lo que sea, hombre o mono... ¡Mono, ja, ja, ja...!

La cólera me ciega. Avanzo hacia él con las manos extendidas. Ansío agarrarle por el cuerpo y hundir en su garganta mis colmillos de gorila. Pero McNall, inesperadamente, saca una pistola.

—¡Quieto, mono! Nada me gustaría más que llenarte la tripa de agujeros, pero voy a disfrutar mucho más todavía, sabiendo que seguirás viviendo con tu actual cuerpo, lo mismo que ella.

—Eres ruin, despreciable —grita Helga.

—Puedes decirme lo que gustes; nada cambiará vuestra situación.

—Algún día podremos trasplantar nuestros cerebros a un cuerpo humano —digo yo.

McNall vuelve a reír. Del bolsillo superior de su bata saca un papel y me lo arroja a la cara.

—Lee, mono —dice—. Se ha aprobado una ley, por la que se prohíben determinadas clases de trasplantes... por ejemplo, el cerebro de un mono al cráneo de una persona. Y aunque tu cerebro sea humano, está en un cráneo de antropoide.

Helga se tambalea.

Nuestra última oportunidad acaba de esfumarse. Seguro que McNall, debido a su fama y su prestigio, ha propuesto la aprobación de tal ley a algún político amigo.

McNall lanza una última carcajada y se marcha. Helga y yo quedamos solos de nuevo.

Hasta ahora, habíamos tenido esperanzas, muy pequeñas, es cierto, pero siempre era una chispita de luz en la negra noche de nuestro futuro. Esa luz acaba de apagarse.

* * *

Helga y yo somos objeto de algunos exámenes médicos, que se inician al día siguiente, dirigidos por el profesor Álvarez. Cuando están terminando, aparecen dos rostros conocidos.

—¡Amigos! —grita Pedro Varta.

Sally viene con él. Nos abraza efusivamente.

—Ahora soy la señora Varta —dice, muy contenta.

—Felicidades a los dos —murmuro.

—Tengo trabajo, doctor Varta —se queja Álvarez.

—Le ayudaremos —dice Pedro—. Profesor, supongo que mi amigo Jack podrá considerarse libre.

—Claro, esa fue la condición primordial para que diera su consentimiento al trasplante de cerebro. Pero... un accidente inesperado... destruyó los dos cuerpos humanos...

—¿Un accidente? —repito.

—Sí, eso es lo que me informó el doctor McNall —confirma Álvarez.

—¡Fue un asesinato! —grito—. McNall quemó nuestros cuerpos deliberadamente.

Álvarez se sobresalta.

—Jack, repórtese —dice—. No está bien acusar a un hombre de mi entera confianza...

—Profesor, es usted un idiota.

La cara de Álvarez se pone roja de ira.

—Oiga, no le tolero que...

Pedro extiende una mano.

—Jack, déjame —pide—. Profesor, quiero que sepa una cosa. He presentado una demanda contra el doctor McNall, por destrucción deliberada de propiedades ajenas.

—¿Qué? —grita el director.

—Lo que oye —contesta Pedro, impasible—. Tengo pruebas de lo que afirmo y las presentaré ante un tribunal competente. Usted sabe que en este satélite hay muchas instalaciones, de distinta índole, todas ellas en funcionamiento merced a las personas que trabajan en ellas: observatorios astronómicos, laboratorios de análisis geológicos, una pequeña fábrica de alimentos, un supermercado donde se vende de todo... en fin, que dejando de lado los dos millares de presos de ambos sexos que están en la Penitenciaría, hay una población de algo más de cuatro mil personas. También aquí, a veces, se cometen delitos y hay una pequeña fuerza policial y un juez...

—Todo eso lo sé —exclama Álvarez—; pero no tengo idea de que el doctor McNall haya delinquido.

—Profesor Álvarez, es usted un científico muy distinguido, de 'prestigio mundial, pero me temo que muy despistado. Un hombre de demasiada buena fe, a decir verdad. Por eso no se ha enterado de lo que realmente ha sucedido en este Laboratorio Bíoespacial.

—No tengo la menor idea...

—¡Presenté la demanda contra McNall, apenas tuve noticias de que la «Supralux» se acercaba al Sistema Solar —declara Pedro—. El juez, la aceptó y mañana se celebrará la primera audiencia.

Pedro se vuelve hacia nosotros, no menos estupefactos que Álvarez.

—Incluso tuve tiempo de contratar un buen abogado —añade—. Se llama Carver Franks y, créeme, es de lo mejorcito en su clase.

Álvarez lanza un gemido.

—Esto es la ruina de mi Laboratorio —gime—. Habrá un gran escándalo; precisamente ahora que estaba a punto de conseguir una nueva subvención...

—¿Prefiere su éxito personal a la justicia, profesor? —inquiere Pedro severamente.

Álvarez no contesta. Pedro mueve una mano.

—Vámonos —dice.

Le seguimos. En la estancia contigua, exclamo:

—Pedro, gracias por todo, pero... eso no cambiará nuestra figura.

—Garver Franks viene muy preparado —responde Pedro sibilinamente.

—Te aseguro que no entiendo...

—Es preferible que permanezcas en la ignorancia por el momento; de este modo, actuarás con más naturalidad ante el tribunal.

—Tengo la impresión de que eres un trapacero...

Pedro suelta una risita.

—Una de las ventajas del juicio que se va a celebrar aquí es que el juez no tiene la «compañía» de una máquina que elabore la sentencia —'dice alegremente—. Las decisiones judiciales que aquí se adoptan tienen validez en todo el Sistema Solar y el juez tiene competencia, incluso, para dictar sentencia sobre hechos cometidos en otro planeta de nuestro sistema, siempre que tengan alguna relación con el asunto que aquí se juzga.

—Hablas como un leguleyo, pero no entiendo en absoluto...

La mano de Pedro se apoya en mi hombro.

—Mañana, Jack, mañana —insiste—. ¿Vamos, Sally?

—Sí, querido.

Los señores Varta se dirigen hacia la salida. De pronto, se me ocurre algo.

—Pedro, ¿lo sabe McNall? —preguntó.

—¡Naturalmente! —Mi amigo se vuelve un instante—. En cuanto presenté la demanda, se apresuró a buscar un buen defensor, Lawrence Keyles. Pero tu abogado es mejor.

* * *

Helga y yo dormimos en la misma estancia, aunque, claro está, en camas separadas.

Eso de dormir es sólo una palabra. Yo no puedo conciliar el sueño. Helga ha tomado un ligero sedante. La misma dosis no me ha servido de nada.

Una y otra vez me pregunto qué se trae Pedro entre manos. No me cabe la menor duda de que quiere ayudarme, pero, ¿por qué diablos no ha hablado del todo?

Estoy tendido en el lecho. Hay un gran ventanal. Al otro lado se ven unos agudos picos cubiertos de nieve de gases helados. Más arriba, algunas estrellas y, sobre todo, el colosal disco de Saturno, rodeado por sus anillos que parecen de gasa de diversos y maravillosos colores.

Un juicio, sí, ¿y de qué nos va a servir?

De todos modos, Helga y yo seguiremos siendo monos.

De repente, me parece oír un leve ruidito.

Es un tenue siseo, un zumbido apenas perceptible, como si alguien manejase una perforadora manual en un trabajo casero...

¡Una perforadora!

Levanto la cabeza. Al otro lado del ventanal veo un casco. Hay alguien vestido con traje espacial, haciendo algo...

La perforadora gira a varios miles de revoluciones por minuto. Seguramente, tiene punta de diamante.

¡Ha taladrado el cristal!

El hombre huye. Un chorrito de vapor sale al vacío a través del diminuto orificio, con terrible presión.

La estancia mide seis por cinco por tres, en total, noventa metros cúbicos. La pérdida de presión es muy rápida, antes de dos minutos, podemos quedarnos sin aire.

Salto de la cama. Busco algo para taponar el agujero. No tengo nada a mano; las ropas son corrientes, con una trama en su tejido insuficiente para impedir la salida del aire, aunque lo retrase un tanto.

El cuarto de baño está al lado. Abro la puerta. En el lavabo hay una pastilla de jabón.

Alguien tuvo la buena idea de pensar que también los monos necesitan de la higiene. Agarro la pastilla y me lanzo hacia la ventana. Arranco trozos de jabón con las yemas de los dedos. El aire es cada vez más escaso.

El jabón, finalmente, obtura el orificio. Respiro a fondo. Los acondicionadores restablecen la presión en pocos minutos.

Hemos tenido suerte. De haber estado dormido, no habríamos tenido salvación.

Me pregunto quién ha deseado nuestra muerte. No hay más que una respuesta, un nombre.

El odio sigue cegándole, pienso. Quizá él mismo no ha sabido digerir el hecho de que la mujer deseada sea ahora un gorila hembra... porque Helga a pesar de su figura, conserva su mente humana.

Y le detesta y él lo sabe.

Pedro viene a vernos por la mañana. Le enseño el orificio taponado con jabón.

Sally, que acompaña a mi amigo, lanza un gritito Helga se muestra atónita.

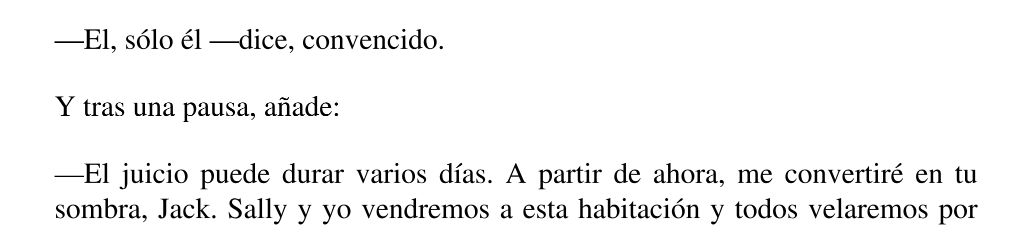
—¿Por qué no me lo has dicho, Jack? —se queja.

—No quise alarmarte —respondo.

—Jack, ¿le viste? —pregunta Pedro.

—No. Llevaba bajada la visera antisolar. Pero, ¿quién otro pudo ser?

Mi amigo mueve la cabeza repetidas veces.



—El, sólo él —dice, convencido.

Y tras una pausa, añade:

—El juicio puede durar varios días. A partir de ahora, me convertiré en tu sombra, Jack. Sally y yo vendremos a esta habitación y todos velaremos por turno.

—Es una buena idea —apruebo.

Pedro consulta su reloj.

—Vamos, no es prudente hacer esperar al juez —dice.

* * *

El juez Tarrytown preside el tribunal.

Hay una expectación enorme. La sala, un cobertizo estanco donde, ordinariamente, se revisan motores espaciales, es insuficiente para contener al gentío que desea asistir a un juicio, que se presenta como el más interesante de todos los que se han celebrado fuera de la Tierra hasta el momento.

No hay fiscal, puesto que se trata de una simple demanda que no ha tenido, en cierto modo, aspecto oficial. Franks serán nuestro acusador y defensor, todo al mismo tiempo.

Tras los preliminares de rigor, Franks, delgado, de ojos penetrantes y mente de espada, acusa a Milton McNall de haber destruido deliberadamente dos cuerpos humanos que se conservaban en el Laboratorio Bioespacial, con objeto de que dos personas, actualmente con figura de antropoide de la especie gorila, pudieran recobrarlos más adelante.

Keyles, el abogado de McNall, niega la acusación y sostiene se trató de un accidente involuntario, motivado por una inesperada sobrecarga de tensión, lo que provocó un cortocircuito que... etcétera, etcétera...

Franks dice que, a su debido momento, probará que los dos cuerpos humanos fueron destruidos con toda premeditación. Añade que, incluso, el doctor McNall puede ser acusado de homicidio deliberado, ya que los cuerpos destruidos no estaban totalmente muertos.

—¡Pero no tenían cerebro pensante! —alega Keyles.

El mazo del juez golpea la mesa.

—Un interesante caso de jurisprudencia —asegura—.

Sin embargo, es preciso ceñirnos a los hechos estrictos, dejando de lado consideraciones más o menos filosóficas, que pueden ser tomadas como opiniones. Este tribunal juzga hechos, no opiniones, caballeros.

—Gracias, señoría —dice Franks—. Deseo llamar a mi primer testigo, el alcaide Haskmussen.

Haskmussen jura decir la verdad. Franks pregunta:

—¿Hizo usted algún pacto con el director Álvarez respecto al condenado Jack Ward? Si lo hizo, diga qué clase de pacto.

—El condenado Jack Ward aceptó tomar parte en un trasplante de su propio cerebro a un cuerpo de antropoide. Si resultaba bien y volvía de su viaje a Zanitzar, Ward quedaría totalmente indultado de toda condena.

—Gracias, alcaide. Tendrá documentos que prueben sus afirmaciones.

—Por supuesto.

—Se los pediré en su momento. —Franks se vuelve hacia el otro abogado—. ¿Señor Keyles?

—No es necesario preguntar nada sobre este aspecto del caso.

Haskmussen se levanta y abandona el estrado de testigos. Entonces, inesperadamente, Franks dice:

—Señoría, con su permiso voy a demostrar que mi defendido fue injustamente condenado a una sentencia de cadena perpetua, por un doble homicidio cometido en el planeta Tierra. Sé que mi colega protestará, alegando que este delito no tiene que ver con el caso que nos ocupa, pero me anticipo a sus protestas diciendo que, si el señor Ward hubiese sido juzgado adecuadamente, no habría venido a parar a este satélite y, por tanto, aún seguiría conservando su forma humana. Según la jurisprudencia actual, el tribunal que preside su señoría tiene potestad para juzgar de asuntos que estén relacionados con delitos que se hayan cometido aquí y, en su caso, para renovar sentencias dictadas erróneamente.

Tarrytown asiente.

—Es cierto —confirma.

Kyles tiene la boca abierta. A su lado, lo veo muy bien, McNall da muestras de inquietud

Y yo me pregunto cómo conseguirá Franks demostrar mi inocencia en algo de lo que no cabe la menor duda, soy culpable.

Franks vuelve a hablar.

—Ruego al ujier llame a declarar a Harry Flagg, de la Tierra.

CAPITULO XII

—¿Profesión? —pregunta Franks al testigo. —Capitán de policía, señor.

—Usted actuó en el caso seguido contra Jack Ward, por doble homicidio de su esposa y de William Raines.

—Sí, señor.

—Presentó las pruebas al tribunal competente y... ¿qué más, capitán?

—Bueno, de momento, no paso nada —responde Flagg—. El caso estaba muy claro, pero más adelante, empecé a preocuparme. No era corriente un doble homicidio con pistola y menos aún con una pistola que había permanecido oculta casi doscientos años. En cierto modo, sentía remordimientos de conciencia por no haber investigado el caso más a fondo.

—Pero Ward mató a dos personas —interviene Keyles.

—Es cierto, nunca hemos tratado de negarlo —dice Franks—. Sin embargo, la máquina que dictó su sentencia en la Tierra, no tomó en cuenta determinados matices del hecho... como no lo hace ninguna máquina juzgadora. Siga, capitán.

—Además, yo tenía un amigo... Bueno, es un competentísimo cirujano que se negó en dos ocasiones a cooperar en determinadas operaciones que, si bien legales, están alejadas de la ética y la moral...

—¡Esto no tiene nada que ver con el caso! —protesta Keyles airadamente.

—Se acepta la protesta —dice el juez—. El testigo deberá limitarse a relatar sus actividades con el doble homicidio que fue inculpado al señor Ward. —Sí, señoría —responde Flagg.

De pronto, lo recuerdo. Pedro recibió una carta de un tal Harry Flagg, poco antes de iniciar el viaje a Zanitzar. Entonces, seguramente, Pedro ya estaba tratando de ayudarme.

Flagg prosigue:

—Hice investigaciones durante mucho tiempo y a fondo y, por supuesto, con autorización de mis superiores. Esas investigaciones me llevaron a saber cosas que yo ignoraba. La primera de ellas fue que el doctor McNall estuvo en la Tierra un año antes de que murieran Raines y la señora Ward. Raines,

ciertamente, era muy amigo suyo y ambos se pusieron en combinación para procurar inculpar a Ward de algún grave delito que lo trajera aquí. El doctor McNall necesitaba no solo un arqueólogo, sino también un astronauta.

—Tendrá pruebas de lo que afirma, supongo —dice Keyles, muy serio.

Flagg señala una gruesa cartera que tiene a su lado, en el estrado.

—Este es el informe de mis investigaciones, examinado y aprobado en su totalidad por mis superiores, incluyendo declaraciones de testigos que conocían perfectamente a Raines y al doctor McNall. Uno de esos testigos es un químico que fabricó cincuenta gramos de pólvora antigua, a petición del doctor McNall. Otro es un amigo suyo, que engrasó y puso en funcionamiento la pistola que el profesor Ward encontró en unas excavaciones, pistola que le fue entregada por Raines, amigo de la señora Ward.

La expectación es enorme. Yo siento que mi cabeza arde. Jamás habría creído en semejante maldad.

—El doctor McNall —continúa Flagg— dijo siempre que quería tener la pistola como adorno, cargada con cartuchos de fogueo, para asustar a unos eventuales ladrones. Eso es lo que dijo también Raines y así, esos amigos se prestaron a ayudarles. Luego, McNall y Raines establecieron un plan para quitar al profesor Ward de la circulación... bueno, quiero decir que le inculparían de un supuesto crimen con esa pistola, con lo que el profesor vendría a parar a este satélite. Intentar asesinar a dos personas con una pistola es delito gravísimo. La cosa cambia cuando se trata de otra clase de armas, como todos saben.

»¡Pero el doctor McNall, a su vez, se había encaprichado de la señora Ward y decidió eliminar a un hombre que ya le resultaba molesto: su propio amigo William Raines. Para ello, puso balas en los cartuchos de la pistola. Raines debía provocar la ira de Ward, cosa que consiguió. Ward, ciego, agarró !a pistola y disparó.

»Sólo quería matar al hombre que había escarnecido su honor y se había burlado de él. Una de las balas, sin embargo, tropezó y rebotó con un objeto que el profesor Ward había traído de una de sus excavaciones, un antiguo casco de guerra. La bala rebotada mató a la señora Ward.

De pronto, recuerdo aquel sonido metálico que escuché entre los disparos. Sí, allí estaba el casco de combate...

—Por tanto, si el profesor Ward cometió dos homicidios, fue porque alguien le incitó a hacerlo y la máquina juzgadora no tuvo en cuenta estos matices —

concluye el testigo.

—¡Pero aquí mató a un guardián! —truena Keyles.

—La sentencia adecuada a ese delito, fue incluida en el pacto establecido por el alcaide con el profesor Álvarez —alega Franks.

El mazo del juez golpea la mesa.

—Debo examinar el informe apostado por el capitán Flagg —dice—. Por tanto, se suspende la sesión hasta mañana a las diez, hora terrestre.

La gente empieza a abandonar la sala, con grandes murmullos. Keyles recoge sus papeles. McNall, a su lado, aparece de muy mal humor.

Me acerco a Pedro.

—Tú no me habías dicho nada —me quejo.

Los ojos de mi amigo brillan de un modo peculiar.

—Siento que te haya tocado a ti, pero era necesario —declara—. Este juicio señalará el fin de las máquinas juzgadoras. Hace años ya que hay un movimiento contra esa forma de juzgar a la gente. Los jueces terrestres ya no piensan: dejan que lo hagan las máquinas por ellos. El que te juzgó a ti no tuvo en cuenta las circunstancias que habrían podido modificar la sentencia.

—Y a nosotros nos han acostumbrado a la más abyecta rutina —interviene el capitán Flagg-—. Por eso me preocupé después de averiguar la verdad íntegra de lo ocurrido. Las máquinas deben ayudar, pero no resolver los problemas que son específicamente humanos.

—Así debe ser —dice Franks, sonriendo—. ¿Por qué cree, si no, que he viajado yo hasta aquí? También pertenezco a ese movimiento contra las máquinas juzgadoras. Dios no nos dio la inteligencia para abandonarla a un cajón lleno de aparatitos e instrumentos movidos por simple electricidad.

—Ganaremos el caso y las máquinas de juzgar serán destruidas —exclama Pedro, .entusiasmado—. Y si un hombre necesita un trasplante de algún órgano para mejorar su salud, lo conseguirá porque alguien le ceda voluntariamente ese órgano y no porque tenga dinero suficiente para comprarlo. También yo estoy aquí por culpa de una máquina-juez.

—Sí —convengo—, todo eso está muy bien, pero...

Pero sigo siendo un mono.

* * *

El juez se sienta y todos nos sentamos.

—He examinado el informe aportado por el capitán Flagg —dice, después de declarar abierta la sesión—. Por tanto, declaro la inocencia de Jack Ward respecto al doble homicidio de que fue inculpado, aunque, a decir verdad también, las pruebas no tienen la suficiente consistencia para acusar formalmente al doctor Milton McNall.

Tarrytown se extiende en una serie de consideraciones legales sobre el caso. McNall, lo advierto, parece notablemente aliviado.

«De ésta, salgo», adivino sus pensamientos.

—Y aquí, desde luego, no toleraré jamás que una máquina juzgadora influya en mis sentencias —termina el juez.

Se oyen muchos aplausos. Tarrytown impone silencio.

—Bien, veamos ahora el caso de la destrucción de dos cuerpos humanos no muertos, aunque tampoco vivos por completo, pero que, sin embargo, podrían haber revivido mediante una reimplantación de sus respectivos cerebros.

Keyles se pone en pie.

—Accidente, Señoría —afirma.

Frank se levanta igualmente.

—Destrucción deliberada, Señoría —sostiene.

—¿Pruebas, abogado Franks?

—Al momento, Señoría.

Franks se vuelve. Pedro abandona la sala unos instantes y vuelve a poco empujando un carrito de ruedas, sobre el que hay un enorme televisor.

El aparato queda junto al estrado de testigos. Franks dice:

—En este televisor se va a reproducir ahora una grabación tomada momentos antes de que la «Supralux» despegase para su viaje a Zanitzar. El director técnico del vuelo declarará, si es preciso, la autenticidad de la grabación,

como también los especialistas que intervinieron en el mismo. Todos los mensajes intercambiados entre la nave y el suelo, antes del despegue, fueron debidamente registrados, como es norma en estos casos. Por tanto, lo que van a ver y oír en este televisor es algo que sucedió a partir de los sesenta segundos previos al despegue.

Hay un silencio absoluto en la sala. Franks enciende el televisor.

Suena la voz de antropoide de Helga:

—Nos llaman por televisión

Aparece el rostro de McNall.

—Hola, monos. Voy a ser muy breve. Van a estar meses en el espacio, tal vez un par de años. Tengan cuidado; aunque sus cerebros son humanos...

El televisor reproduce con absoluta fidelidad las imágenes que Helga y yo presenciamos segundos antes del despegue, lo mismo que la voz de McNall. Luego vemos los cuerpos que se consumen y percibimos con toda claridad las carcajadas del satánico doctor.

Hay un silencio total en la sala cuando Franks apaga el televisor.

McNall está lívido. Es su fin.

Keyles recoge sus papeles. Veo que se da por vencido. Ha perdido la partida.

De pronto, McNall lanza un terrible aullido.

Se pone en pie de un salto. Echa a correr.

—¡Deténgase! —grita el juez.

Pero McNall no le hace caso. Un ujier intenta pararle y lo único que consigue es rodar por el suelo aparatosamente.

El fugitivo abandonaba la sala. Corre a lo largo de un pasillo.

Al fondo hay una compuerta que da al exterior. La abre. Se lanza hacia la otra compuerta.

Alguien tiene la serenidad de cerrar la primera. McNall salta al vacío.

Todavía da unos pasos en el horrible frío de ciento cincuenta grados bajo cero, sin atmósfera. De pronto, sufre una espantosa convulsión.

Cae, se mueve un poco. Muy pronto se queda totalmente quieto.

Hay un silencio aterrador en la sala. El juez lo rompe con unos cuantos golpes de mazo.

—Se suspende la sesión —dice—. Mañana dictaré un veredicto definitivo, no sin lamentar antes que el profesor Ward y la doctora Rhinner hayan de continuar con sus actuales cuerpos de antropoide.

Todos nos imaginamos fácilmente cuál es el veredicto y ya no nos importa demasiado lo que pueda decir el juez. Pero sus últimas palabras son como una sentencia inapelable.

Helga y yo debemos seguir siendo monos.

* * *

Pedro y Sally nos han llevado al Laboratorio.

—Tengo que deciros algo —manifiesta.

Helga y yo les seguimos. También nos acompañan Flagg y el abogado.

Pedro nos lleva a una sala con las paredes forradas de tela negra. Está partida en dos por una espesa cortina. La temperatura es de unos veinticinco grados.

Descorre la cortina. Dos sarcófagos transparentes quedan ante nuestros ojos.

Yo grito. Helga cae redonda al suelo.

—Se ha desmayado —ríe Pedro.

—¡Diablos! —gruñe Flagg.

—Fantástico —dice el abogado.

Todo el cuerpo me tiembla convulsivamente. Me parece soñar.

Sally está inclinada sobre Helga. Brewster y Thiona entran en aquel momento.

—Jack, nos han dicho que...

Brewster se calla. A Thiona se le saltan los ojos de las órbitas.

—Un trago —pido.

Alguien me pone un frasquito en la mano.

—Cuidado —dice Pedro—. Tu organismo es todavía el de un mono.

Bebo un par de sorbos. Helga, recuperada, se pone en pie.

—Me he portado como una tonta —gimotea.

Luego se acerca a uno de los sarcófagos. Yo tengo la vista morbosamente fija en mi propio cuerpo.

—Pedro, maldito trapacero...

Varta vuelve a reír.

—Nunca me fié de McNall —explica—. En cuanto empezó a hablarme de sus proyectos, pero, sobre todo, cuando supo que Helga también quería viajar contigo, me olí la tostada, como se dice vulgarmente. Flagg me había escrito ya más de una vez y sospechaba de McNall. Dejando de lado su innegable competencia como cirujano, era un ególatra insoportable. Aun en su estado normal, Helga no le importaba demasiado; lo que no podía era soportar que ella te prefiriese a ti, al hombre que él había elegido, con las malas artes que sabes, para que le sirviese de culminación en su carrera de triunfos. Probablemente, se hubiera cansado de Helga muy pronto, como se cansó de tantas otras mujeres.

—Le conocías muy bien, Pedro

—Llegué a conocerle a la perfección. Por eso pedí ayuda a Haskmussen y éste me proporcionó los cuerpos de dos convictos, de ambos sexos, muertos por causas naturales. Eran jóvenes y de vuestra corpulencia, poco más o menos. Luego no hubo más que ponerles unas mascarillas...

—Pero el doctor Álvarez tuvo que enterarse.

—-Está siempre en las nubes —ríe Pedro—. Costó mucho, pero lo conseguimos. Y Sally me ayudó muchísimo. Por eso la premié, casándome con ella.

—Tonto —dice la señora Varta, rebosante de orgullo.

—Entonces, McNall no supo que nuestros cuerpos estaban aquí —digo yo.

—No, ya no le preocupaban, porque los creía destruidos. Y si alguna vez los vio, creyó que eran otros, porque también les había puesto mascarillas, que

ahora he quitado.

Pedro se vuelve hacia su esposa.

—Sally, empieza a preparar los quirófanos —ordena.

—Sí, querido.

* * *

He permanecido dormido muchísimos días. Al fin, puedo levantarme y dar los primeros pasos, torpe, inseguro.

Poco a poco me restablezco. Vuelvo a ser el mismo.

Ya no soy mono.

Un día, se abre la puerta de mi cuarto.

Helga aparece, acompañada por Sally. Helga me mira.

Sally, discreta, nos deja solos. Helga cae en mis brazos.

No hablamos, no podemos... y las palabras, por otra parte, tampoco son necesarias.

Besó sus labios, sus ojos, sus mejillas; acarició sus cabellos... Parece mentira, pero siguieron creciendo en el cuerpo sin cerebro y ahora son largos y sedosos. No me canso de acariciarlos; el tacto es tan distinto en unas manos humanas... Ya no son manos de gorila, sino de hombre enamorado.

Al cabo de un rato, creo que puedo hablar.

—Helga.

—Dime, amor mío.

—He estado pensando en una cosa. No sé si te gustará... Si no es así, la olvidaré en el acto.

—Habla, Jack.

—Ya no podría seguir viviendo en este sistema solar. Puedo ser inocente, legal y moralmente, si tú quieres, pero... tres personas han muerto a mis manos. Me costará mucho olvidarlo.

—Yo te ayudaré, querido.

—Sí, pero en Zanitzar.

Helga me mira un instante. Luego sonríe.

—Donde tú quieras, Jack —responde.

—Zanitzar es un mundo maravilloso. Está despoblado... hasta cierto punto, claro.

—Iremos a Zanitzar, querido.

—Pero no solos —exclamó Pedro desde la puerta.

Sally está con él. Y Brewster y Thiona...

—Tenéis razón, hay que repoblar Zanitzar —dice Pedro, guiñándonos un ojo.

Abrazo a Helga de nuevo. Ella apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Cuándo partimos? —pregunta.

—Después de la boda, por supuesto —dice Brewster.

Miro a Helga. Ella asiente.

—Sí, después de la boda —contesta.

—En Zanitzar no habrá tantas máquinas —ríe Pedro—. Un mundo maravilloso, tierra fértil... ¿qué más podemos pedir?

Nada, creo que ya lo tenemos todo.

Incluso nuestros propios cuerpos humanos.

Ya no somos monos.

F I N